





# BIBLIOTECA DRAMÁTICA.

## RUY-LOPEZ DAVALOS, O EL CAUDILLO DE BENAVENTE.

*Drama trágico, original, en tres actos y en verso, por D. Cipriano Lopez-Salgado,  
para representarse en Madrid el año de 1852.*

### PERSONAS.

LEONOR.  
JIMENA.  
RUY LOPEZ DAVALOS.  
DON TELLO GIBON. }  
ALENSA. . . . . } *Ricos-hombres.*  
OTROS DOS. . . . . }  
PADILLA. . . . . }  
ALARCON. . . . . } *Capitanes de Ruy Lopez.*  
RUY PEREZ. . . . . }  
PONCE. . . . . }  
DON JUAN, DUQUE DE ALENCASTRE.  
JUAN DE OLANDA. .  
ROBERTO BEDFORD. } *Capitanes ingleses.*  
JACOBO WILLIAN. . }  
EDUARDO. . . . . }  
DON DIEGO VASCONCELOS, capitán portugués.  
DON LUIS MONCADA.  
CONRADO.  
UN OFICIAL.  
*Oficiales y soldados castellanos, ingleses y portugueses;  
hombres y mugeres del pueblo.*

La acción empieza á media noche y concluye al amanecer del día siguiente. Pasa el primer acto dentro de la villa de Benavente, los otros dos al pie de sus murallas.

### ACTO PRIMERO.

Salon elegante adornado al gusto de la época. Puerta en el foro, con hojas; otra á la izquierda; un balcon á la derecha.

#### ESCENA PRIMERA.

LEONOR, JIMENA.

JIM. Por qué te hallo, Leonor,

sumergida en la amargura?  
Qué le falta á tu ventura,  
á tu gloria y esplendor?  
No se desliza tu vida  
entre el lujo y los placeres?  
Dime, prenda mia, no eres  
de todo un pueblo querida?  
No envidian en Benavente  
cien hermosas tu grandeza,  
tu apostura y gentileza?  
No vuela de gente en gente  
la fama de tus primores?  
Y allá en la noche callada,  
tu hermosura idolatrada  
no cantan cien trovadores?  
Si marcha con noble ardor  
el guerrero á la pelea,  
porque suyo el triunfo sea,  
tu nombre invoca, Leonor.  
Y si por ventura es  
en la batalla dichoso,  
viene á rendir presuroso  
sus despojos á tus pies.  
Qué mas tu ambicion espera?  
Ruy Lopez no puso ayer  
á tus pies con gran placer  
una enemiga bandera?

LEO. Ay!

JIM. El caudillo mejor  
que imaginarse podria:  
cualquiera dama estaria  
orgullosa con su amor;  
y tu triste, sepultada  
entre estas cuatro paredes,  
pasas las horas que puedes  
á mil penas entregada.

LEO. Y qué, no basta, Jimena,  
ver á mi pueblo cercado

por el enemigo airado  
que á su antojo le encadená?  
Apenas el sol derrama  
sus luces sobre la tierra,  
cuando la sangrienta guerra  
con ecos de bronce llama.  
El ruido de los clarines  
se oye, al cruzar el espacio,  
en la choza, en el palacio,  
en el monte, en los jardines:  
empieza de la batalla  
la confusa gritería  
siguiendo continua el día  
en torno de la muralla:  
la muerte con negro horror  
sus alas bate incesante,  
y algún grito agonizante  
viene á doblar mi temor.  
Y en tan horrible interés  
cada lamento perdido,  
que trae el viento á mi oído,  
de Ruy Lopez temo que es.

JIM. Y por qué pensar así  
tan tristemente?

LEO. Por qué!  
Sabes tú, cual yo lo sé,  
que razón tengo ¡ay de mí!  
A donde el peligro está  
Ruy Lopez, no está presente?  
De sus guerreros al frente  
en todas partes no vá?

JIM. Es cierto, pero á su espada  
nada resiste, Leonor,  
y donde está su valor  
es segura la jornada.

LEO. ¡Ay Jimena! eso me tiene  
con razón en mas cuidado,  
que en su valor confiado  
Ruy Lopez no se contiene:  
va gozoso á combatir  
como á una alegre batalla;  
ama la guerra, y se olvida  
que en ella puede morir;  
y yo no puedo un instante  
apartar del pensamiento,  
esta idea, este tormento  
que me persigue incesante.  
Si en el tiempo retirada  
voy por su vida á rogar,  
no puedo tranquila estar,  
y me retiro azorada.  
Si un momento, fatigado  
el cuerpo concilia el sueño,  
me pinta la mente al dueño  
de mi amor ensangrentado.  
Así un día y otro día  
por mi vida van pasando,  
y yo en ellos esperando  
siempre en vano la alegría.  
Y ver que en larga cadena  
mis penas se van uniendo,  
y la esperanza perdiendo...  
esto no es vivir, Jimena.

JIM. No es tu pena tan cruel,  
y tú misma, Leonor,  
das pábulo á tu dolor  
con tanto pensar en él.

LEO. Pluguiera á Dios que mi mal  
solo fuera exaltación,

delirios de un corazón  
amante, tierno y leal.  
Entonces ¡cuán poco, cielos!  
hubiera mi mal durado,  
porque ya hubiera encontrado  
en la realidad consuelos...  
Pero no, ¡loca esperanza!  
También yo creí algún día  
que era de la mente mía  
una terrible mudanza:  
luché al fin con mi destino,  
buscando otra realidad,  
y oscura fatalidad  
hallé siempre en mi camino.  
De qué sirve á mi pasión  
ese oropel con que el mundo  
me adula, si hay un profundo  
cariño en mi corazón?  
Un amor por quien mi vida  
daría con mi decoro,  
y la del hombre que adoro  
la temo siempre perdida.  
¡Perdi la! ¿Qué idea!.. si...  
es horrible!.. Si eso fuera,  
crees, Jimena, que hubiera  
un consuelo para mí?

JIM. Por qué no?

LEO. (con prontitud.) Tienes razón;  
la muerte.

JIM. No; el desgraciado  
siempre halla un consuelo amado,  
hija, en nuestra religión.

LEO. Si, si; soy una perjura.  
Dios me perdona, ay de mí,  
si, hija ingrata, le ofendi  
llorando mi desventura.

JIM. Espera, Leonor, en Dios;  
y no dudes, hija mía,  
que al fin viene la alegría  
de la desventura en pos.

LEO. Qué sé yo?

JIM. Lo dudas?

LEO. No...  
Déjame sola un momento;  
quiero dar al sentimiento  
un descanso.

JIM. Pero yo  
te puedo estorbar?

LEO. Quería  
dormir un poco, Jimena,  
porque llorando mi pena  
hoy me ha sorprendido el día.  
Ruy Lopez no tardará;  
aquí yo aguardarle quiero,  
y en tanto dormir espero.

JIM. Dios te guarde.

LEO. Así lo hará.

(vase Jimena por el foro derecha.)

## ESCENA II.

LEONOR, sola.

Dormir! inútil deseo:  
quiero olvidar mi dolor,  
y me llena de temor  
cuanto escucho y cuanto veo.

(se oye ruido lejano.)

Ah! ese ruido... pero, no,  
(mirando por el balcon.)

fue ilusion, la brisa leve  
que las tiernas flores mueve  
entre sus tallos gimió.  
Tengo miedo; y en verdad  
que sin justo fundamento, (*escuchando.*)  
parece en este momento  
la villa la eternidad.  
Ruy Lopez menos cruel  
que el inglés, habrá pedido  
alguna tregua... (*ruido de voces mas cercano.*)

Oh! ese ruido...

Dios mio! velad por él!

(*se cubre el rostro con las manos y cae sobre un sillón.*)

ESCENA III.

RUY LOPEZ entrando, LEONOR.

Lop. Leonor!

Leo. Ah! (*levantándose.*)

Lop. Mi bien, por qué en ti veo  
ese llanto brotar?

Leo. No; ya no lloro...

Lo ves? Estoy alegre, mi deseo  
satisfecho está ya porque te adoro.

Al verte junto á mi nada le falta  
á mi ventura; si en la mente crece  
algun recelo que traidor me asalta,  
tu presencia no mas le desvanece.

Lop. Si supieras, Leonor, como tu llanto  
quema mi corazon, siempre estarias  
alegre junto á mi, y en tu quebranto  
ni una lágrima triste verterias

Leo. Pues bien, alegre estoy. No sé que ruido,  
sordo como el rumor del eco extremo  
de horrible tempestad, llegó á mi oido,  
y temia por ti; mas ya no temo

Lop. Y por qué ese temor, cuando á tu lado  
no estoy? A la batalla mas reñida  
no voy de amigos fieles rodeado  
siempre dispuestos á salvar mi vida?

Leo. Ruy Lopez ¡qué se yo!

Lop. Ningun recelo  
tu mente abrigue, ni contraria idea  
del honor castellano.

Leo. Quiera el cielo  
que solo antojo de la mente sea!

Lop. Leonor!

Leo. Ah! perdona si he podido  
un momento dudar: siniestras voces  
el viento acusador trajo á mi oido;  
y las alas del viento son veloces.

Lop. Y temas que repita en toda España  
el eco engañador, de gente en gente,  
que ha pretendido por traidora saña  
rendirse al de Alencastre Benavente?  
Ardides son de guerra; el enemigo  
esas voces corrió, porque le humilla  
el que á encerrarse en su cuartel le oblige,  
que traidores, Leonor, no hay en Castilla.

Leo. Te amo, soy muger; yo no comprendo  
los medios de la guerra, y no es extraño  
que temiera por ti mi amor, oyendo  
que algunos se juntaban en tu daño...  
Ruy Lopez, creeme, no es de mi mente  
una idea fantástica, ilusoria;  
es la verdad: ¡Dios mio! en Benavente  
hay quien desea oscurecer tu gloria.  
Yo misma lo escuché de los malvados

que tu ruina pretenden.

Lop. Yo me río  
de traiciones; olvida esos cuidados,  
y háblame de tu amor, encanto mio.

Leo. Qué te puede importar mas que tu vida?

Lop. Cuatro cosas, Leonor, amo en la tierra  
aun mas que á ti:

(*movimiento de Leonor; Ruy Lopez sigue con pron-  
titud.*)

mi religion querida,  
mi rey, mi patria, y despues la guerra.  
Ya ves que en ella, Leonor, no cuento  
una vida que siempre consagrada  
á tu amor estará, y es mi tormento  
no ver tranquila tu imperial mirada.  
No te basta, mi amor, verme sereno  
en medio de los mios? Yo te juro  
que no hay ninguno que de infamia lleno  
no pueda ser contra el inglés un muro...  
Pensemos solo en nuestro amor ahora:  
di que me amas.

Leo. Si, si; por ti respiro;  
mas que á la luz mi corazon te adora:  
si estoy lejos de ti, por ti suspiro.

Lop. (*con entusiasmo.*)

Qué hermosa eres, Leonor, cuando inspirada  
por el amor estás: si fuera mia  
esa esfera de estrellas tachonada,  
con estrellas tu amor escribiria.

Leo. Oh! qué dichosa soy: todo lo olvido  
cuando me habla de amor tu voz suave,  
mas para mi que en el vergel florido  
el son del viento y el trinar del ave.

Lop. Nada turbe, mi bien, una ventura  
que en nosotros está, todo nos dice  
que en su infinita y celestial dulzura  
Dios desde el cielo nuestro amor bendice.  
No lo crees así?

Leo. Oh! qué podria  
tu voz decirme que mi amor dudára?  
Te creo; soy feliz, y moriria  
si la suerte cruel nos separára.

Lop. Separarnos!... Jamás... mas por si viene  
tu padre aqui, retírate: tenemos  
que acordar la defensa que conviene,  
y juntarnos aqui, Leonor, debemos.

Leo. Aqui? (*aterrada.*)

Lop. Si, por qué no? Qué te estremece?

Leo. Nada. Y quienes su voto en la defensa  
han de dar?

Lop. Alarcon, y me parece  
que Ruy Perez, Padilla, Ponce, Alenza  
y no sé que otros varios, cuyos nombres  
no recuerdo muy bien...

Leo. Y tú con ellos  
aqui te has de juntar?

Lop. Ah! no me asombres  
con tu eterno temor... Tus ojos bellos  
se nublan otra vez.

Leo. Esos villanos  
tus enemigos son: yo de su boca  
la traicion escuché: de castellanos  
ni el nombre alcanzan, ni el honor les toca.

Lop. (*Es verdad! Salió cierto mi recelo.*)

Leo. Ayer noche, de penas mil herida,  
desvelada en mi cuarto, quiso el cielo  
que tu nombre escuchára; estremeceida,  
sin la causa acertar, maquinalemente  
el oido llegué á la cerradura

de esa puerta, temblando, y claramente el plan oi de la traicion perjura. Quieren, salvando su persona y bienes, rendirse al enemigo; y si esforzado á su infame deseo no te avienes, dejarte en una lorre sepultado.

LEO. No les temo, Leonor... solo una duda me hace estremecer... ángel querido, perdona mi temor...

LEO. Nadie en tu ayuda puedes aqui tener: te he comprendido!

( *Cubriéndose el rostro con las manos.*)

LEO. Leonor!. qué!. tu padre...

LEO. No se hallaba ( *como queriendo desvanecer la idea de lo que ha dicho.*)

con ellos esta noche; te lo juro!

LEO. Pero es cierto que aqui se conspiraba, y que apoya ese plan es bien seguro.

LEO. Ruy Lopez, no lo sé: pero en la tierra es mi primer amor: yo moriria si en un azar de la sangrienta guerra él con razon ó sin razon moria. Ten de mi compasion: en este suelo son dos hombres mi única esperanza, y terrible será mi desconsuelo si á uno de los dos la muerte alcanza. Evita, por mi vida, por la luya, esa junta cruel.

LEO. Es imposible.

LEO. Imposible!

LEO. Leonor, quieres que buya marcado el rostro con el sello horrible de cobarde y traidor? No hay mas camino: pronto deben llegar: ya preparada mi guardia está, lo ves?

(*llevándola al balcon.*)

LEO. Ah!

LEO. Que el destino decida ahora el honor de esta jugada.

LEO. Y qué piensas hacer en tus furöres si á la suma inmortal de tus proezas añades esta mas?

LEO. (*con calma.*) De los traidores entregar al verdugo las cabezas.

LEO. Y si entre ellos mi padre se encontrára?

LEO. Perdona, Leonor; mucho te quiero; mas si á escoger la suerte me obligára, mi Castilla y mi rey serán primero.

LEO. Hombre cruel! Y piensas que mi mano yo al asesino de mi padre diera?

LEO. No, Leonor; pero creo que un villano, un traidor á su rey, nunca pudiera á tu mano aspirar; y yo seria indigno de tu amor, si en esto obrára contra mi rey, que en mi valor confia, contra mi pueblo que en mi honor se ampara.

LEO. Maldita sea tu honradez odiosa! Qué le importa una mas al homicida? Ya que me quitas la esperanza hermosa, arráncame la congojosa vida.

LEO. No acrecientas, por Dios, con tus temores mi cruel ansiedad: ten esperanza: en la lista fatal de los traidores, tu padre creo que lugar no alcanza.

LEO. Y si en ella estuviera?

LEO. Píde al cielo que descubra, Leonor, algun camino para su salvacion.

LEO. Triste consuelo!  
Vana esperanza á mi cruel destino!

LEO. Retirate; ya llegan.

LEO. No; aqui espero mi suerte.

LEO. Tu presencia estorbaria.

Te juro por mi fé de caballero que en esto no será la culpa mia si al fin pensamos de contrarios modos.

LEO. En tu bondad y tu cariño fio. Adios.

LEO. Yo apuraré los medios todos de entendernos. Adios, encanto mio. (*la lleva de la mano hasta la puerta de la izquierda, en cuyo cuarto entra Leonor.*)

#### ESCENA IV.

RUY LOPEZ, solo.

No me engañó mi temor: por Dios que lo sospeché, y hoy no queda por mi fé en la villa ni un traidor. Jamas el rigor me plugo; mas si tenaces están, con sus cabezas darán ocupacion al verdugo. Perdona, Leonor; te quiero con pura y constante llama: pero entre el rey y mi dama, mi rey será lo primero: obraré en este revés como me manda el honor, aunque llorando tu amor tenga que morir despues...

(*dirigiéndose al cielo.*)

Pero no, Dios de bondad, con tu poder tan divino me enseñarás un camino de honradez y de piedad. No te niegues á mi anhelo! (*como inspirado de una idea repentina.*) Oh! gracias, gracias, Señor, al fin concede tu amor paz á mi tierra y consuelo.

#### ESCENA V.

ALARCON, RUY PEPEZ, PADILLA, PONCE, DON TELLO GIRON, ALENSA y otros dos RICOS-HOMBRES; RUY LOPEZ.

TELLO. Saludo al noble infanzon á quien el cielo le ha dado, con un valor esforzado prudencia y clara razon. Sois el primero en llegar á la cita, y hasta en eso probais la prudencia y seso que en vos nunca faltará.

LEO. Mil gracias, Tellez Giron, agradezco, por mi vida, lisonja en vos tan eumplida, con todo mi corazon. (*á todos.*) Dios guarde á los ciudadanos en quien patria y rey esperan, y en cuyos pechos imperan corazones castellanos.

TELLO. Roy Lopez, nuestro deseo

siempre fue el de no esponer  
á nuestro pueblo á perder  
su fortuna.

Lop. Asi lo creo,

PER. Y el conciliar  
una páz apetecible,  
en cuanto sea posible  
con el honor militar.

Lop. Creo que el primer honor  
en el soldado valiente,  
es obedecer fielmente  
á su monarca y señor:  
y no lo cumple, á fé mia,  
el que lejos de ocupar  
su puesto, se vá á mezclar  
en lo que nunca debia.  
A mi, señores, tocaba  
un consejo proponer,  
si yo solo á disponer  
la defensa no bastaba.  
Al subalterno le es dado  
obedecer solamente,  
y no tomarse, imprudente,  
cargos de mayor cuidado.

LOS CAPITANES. Ruy Lopez!

Lop. Siento, señores,  
el hablar de esta manera,  
aunque en mi lugar cualquiera  
usaria otros furoros.  
Soy el gefe, y solo yo  
debo responder en ley,  
y mi patria y á mi rey  
de esta defensa, otro no!

PAD. Ruy Lopez, ninguna accion  
cobarde hasta ahora ha manchado  
nuestro nombre acrisolado.

Lop. Hasta ahora, teneis razon.

PAD. Y en adelante...

Lop. (interrumpiéndole.) Veremos.

TELLO. Va conmigo... (picado.)

Lop. (con respeto y dignidad) No, por Dios;  
no se dirigen á vos,  
Tellez Giron, mis estremos.  
Como de este pueblo honrado  
sois gefe municipal,  
es en vos muy natural  
el no obrar como un soldado.  
Y aunque ya habeis aprendido  
que en casos de tal azar,  
manda el gefe militar,  
os disimulo ese olvido.  
Un sitio siempre es cruel;  
á nadie puede dar gusto:  
amais al pueblo, y es justo  
que os intereseis por él.  
Cuando ciega la pasion  
no es facil pensar en todo,  
se obra siempre de mal modo,  
porque duerme la razon. (á todos.)  
Veo que el pueblo se halla  
hoy, señores, disgustado,  
y en corros athorrotado  
abandona la muralla.  
Por lo que observo y escucho,  
su desobediencia va  
minando mi tropa ya,  
y á fé que lo siento mucho,  
porque no me gusta obrar

estremos con mis soldados,  
y ya veis que á los malvados  
se los debe castigar.

(los capitanes quieren hablar, Ruy Lopez los contiene con una accion y siguiendo con prontitud.)

Ahora que por vos aqui  
nos hemos llegado á ver,  
quiero, don Tello, saber  
que quiere el pueblo de mi.

TELLO. Gobernador, dispensad  
que á mi vez pregunte yo,  
si es que podemos ó no  
aqui hablar con libertad.

Lop. En vuestra casa no estamos?  
Temeis en ella?

TELLO. Hay razon.  
Si vemos de ese balcon,  
á vuestra guardia miramos.

Lop. Me estraña que eso os asombre.  
Si tan buen ojo teneis,  
en la antesala debeis  
tambien haber visto un hombre  
con Luis Moncada.

TELLO. Es verdad.

Lop. Pues es un embajador,  
y traigo para su honor  
guardia de seguridad. (murmullos.)

Lop. (con arrogancia.) Representa aqui, señores,  
á un hombre de sangre real,  
y es, en fin, muy natural  
que se le hagan los honores.  
Y como habia de venir  
yo á esta junta, me ha ocurrido  
que en gran consejo es debido  
tan alta embajada oír.

TELLO. Oh! Si, si; mandadle entrar:  
tal vez venga á proponer  
la paz.

Lop. Antes quiero ver  
lo que le he de contestar.

TELLO. Pero si deis que no  
conoceis aun la embajada,  
como quereis...

Lop. A mi nada  
me importa eso. Sepa yo  
los que resueltos conmigo  
quieren la villa guardar,  
porque yo no pienso obrar  
á gusto del enemigo.

TELLO. Pues bien: el pueblo angustiado  
al ver el estrago horrendo  
del hambre que va sintiendo,  
clama ya desesperado.  
Ve la defensa perdida,  
y al fin se quiere entregar,  
con tal que pueda salvar  
con sus haciendas la vida:  
y con valor y razon  
está resuelto á prender  
al que no quiera acceder  
á tan justa peticion.

Lop. El pueblo, no, ¡vive Dios!  
no piensa con tal bajeza;  
quien pretende esa vileza  
no es el pueblo, que sois vos.  
Vosotros, si, porque veis  
abiertos vuestros graneros,  
y, menguados caballeros,  
otra patria no teneis.

Tan inhumano interés,  
aunque mucho os dominára,  
no creí os aconsejára  
entregaros al inglés.

TELLO. Ruy Lopez, no hay mas camino:  
es inútil esperar;  
si el inglés llega á triunfar,  
cuál será nuestro destino?

LOP. El de Sagunto y Numancia,  
cuyos nombres van rodando  
por mil edades, salvando  
de los siglos la distancia.

ALENSA. Nosotros aquí debemos  
por nuestro pueblo mirar,  
y por él capitular  
es lo que ahora queremos.

Todos. Si, si, ¡capitulacion!

TELLO. Las llaves entregareis.

LOP. Primero me arrancareis  
la vida y el corazón.  
Ruy Perez, Ponce, Padilla,  
Alarcon, claras lumbreras  
de nuestras limpias banderas,  
gloria y fama de Castilla,  
cuándo supisteis faltar  
al juramento prestado?  
Tan pronto habeis olvidado  
vuestra honradez militar?  
Tú que en Granada, Alarcon,  
terror de la media luna  
eres, sin que fuerza alguna  
doble tu fuerte lanzon.  
Y tú que, aun joven, Padilla,  
y aun mal ceñido el arnés,  
venciste al Aragonés  
en Cazorra y en Jumilla.  
Tú, Ruy Perez, cuya espada  
en Miedes y Tarazona,  
en Egérica y Carinona  
no fue rota ni aun doblada.  
Y tú, Ponce, que leal  
á tu rey, fue tu constancia  
rayo de la guerra en Francia,  
y en Navarra y Portugal,  
quereis, mal aconsejados,  
por una piedad mentida,  
borrar ya de vuestra vida  
los hechos tan celebrados?  
Qué se hizo aquel valor,  
aquella honradez y gloria  
que trasmitiera á la historia  
vuestro acrisolado honor?  
Quereis en hora fatal  
de vuestro escudo arrancarla,  
echarla al suelo y pisarla  
entre el cieno mundanal?  
Quien así empaña villano  
una gloria tan cumplida,  
no merece, por mi vida,  
ni el nombre de castellano.  
(*los capitanes bajan la vista raborizados.*)  
Pero no, en vuestros semblantes  
veo de ello los temores,  
que no pueden ser traidores  
pechos tan leales antes.

LOS CAPITANES. Señor! (*arrodillándose.*)

LOP. Ah! no esperé menos  
de tan valientes soldados.

PAD. Heridnos, somos culpados,

de toda piedad agenos.  
Para limpiar nuestra honra  
mandadnos á pelear,  
donde podamos lavar  
con la sangre esta deshonra.

LOP. (Oh! gracias, Dios mio! Alzad:  
en mi no hay resentimiento:  
tan noble arrepentimiento  
basta para mi piedad. (*á los ricos-hombres.*)  
Y tendreis menos honor,  
padres de este pueblo honrado,  
que siempre me habeis prestado  
vuestro consejo y valor?

TELL. Si conseguis acallar  
de ese pueblo los clamores,  
con nuestros bienes mayores  
podeis, Ruy Lopez, contar.  
(*Ruy-Lopez abre la puerta del foro y se presenta  
Moncada.*)

LOP. Haced al punto, Moncada,  
que pase el embajador.  
(*bajando á la escena.*)  
Por el rey nuestro señor (*descubriéndose.*)  
vamos á oír la embajada.

## ESCENA VI.

ROBERTO BEDFORD, LOS CAPITANES y RICOS-HOMBRES, á la izquierda en medio de ellos RUY-LOPEZ DAVALOS.

BED. Salud á los campeones,  
cuyo valor envidiable  
en vano al bado variable  
oponen sus corazones.

LOP. Salud al representante,  
que aun joven, debe saber  
que el valor puede vencer  
á la fortuna inconstante

BED. Dios proteja al que tubiere  
la razon.

LOP. Asi lo hará.  
Acorte razones ya,  
y díganos lo que quiere.

BED. Sin elevada esperanza,  
Alencaestre, mi señor;  
por solo razon de amor  
casó con doña Coustanza,  
hija, en la noble Castilla,  
del rey don Pedro primero,  
que llaman el justiciero,  
y Maria de Padilla.  
Habiendo legitimado  
á doña Constanza el rey,  
claro es que contra la ley  
el trono la han usurpado.  
Y á mas, aunque no estubiera  
por el rey legitimada,  
cosa es asaz declarada  
que era del trono heredera;  
pues es, señores, muy llano  
si hay dos que bastardos son,  
que raya en justa razon  
el hijo antes que el hermano.  
Mas viendo, en fin, mi señor  
que ahora don Joan y Enrique antes  
con palabras arrogantes  
desoyeron su clamor.  
Resuelto en Castilla ha entrado  
con mas de tres mil ingleses



y cuatro mil portugueses  
que esta villa os han cercado.  
En vano será oponer  
vuestro valor y pericia,  
que á la fuerza y la justicia  
nada las puede vencer.

Lop. Dos veces habeis venido  
de embajador hasta mi,  
y ya en la primera oi  
lo que ahora habeis repelido.  
Decid pronto qué buscais  
con esos rodeos vanos,  
que en vuestros derechos llanos,  
por Dios que pesado estais.

Bed. Pues bien: dice mi señor,  
único rey de Castilla,  
que si el pueblo no se humilla  
lo declarará traidor.  
Hará que talen la tierra,  
el salto mandará,  
y esta villa sufrirá  
los horrores de la guerra.  
Muchos pueblos han jurado  
á mi señor por su rey,  
y obedientes á su ley  
dinero y hombres le han dado...

Lop. Basta! Dile á tu señor  
que solo es rey en Castilla  
Juan primero, y quien no humilla  
á él su frente, es el traidor:  
que si tanto valor tiene,  
mi embajador le verá  
esta tarde, y le dirá  
lo que á los dos nos conviene.

Bed. Ruy-Lopez, no os empeñeis  
en defender locamente  
esta villa, que imprudente (*con intencion.*)  
vuestra fortuna perdeis.

Lop. Gracias por el interés  
hácia mi, pues sabe Dios  
que no preciso de vos  
consejos, señor inglés.

Bed. Bien; os deberá Castilla  
su suerte desventurada.

(*Ruy-Lopez hace un saludo á Bedford, abre las  
puertas del foro y se presenta Moncada.*)

Que le acompañen, Moncada,  
hasta fuera de la villa.

(*Bedford saluda y se va. Ruy-Lopez vuelve con ar-  
rogancia á la escena.*)

ESCENA VII.

Los mismos, menos BEDFORD.

Lop. Ya lo veis, quieren, villanos,  
un rey estrangero dar  
á Castilla, y gobernar  
como dueños y tiranos.  
Qué decís?

Tello. Que nos parece  
imposible defender  
esta villa, de un poder  
que por momentos acrece.  
Muchos pueblos se han rendido  
al inglés, y han aumentado,  
con recursos que le han dado,  
su prestigio y su partido.

Lop. Mentira! Do quiera van  
horror y muerte sembrando:

que lo digan Villalpando  
y Valencia de don Juan;  
y en fin, la noble Valderas  
que cuando el inglés la entró,  
en ella solo encontró  
en vez de casas, hogueras.  
Su noble egeemplo sigamos,  
que vale mas con honor  
morir, que vivir traidor  
á la causa que juramos.

(*murmillos de voces fuera.*)

Tello. Ah! Lo ois? El pueblo ha roto  
en su terrible agonía  
el respeto que ponía  
á su sufrimiento coto.

Lop. Pues yo le daré quizás  
mas de lo que pide y quiere.  
Decidle al pueblo que espere  
veinticuatro horas no mas.

Tello. Imposible; atacaría  
el inglés sin esperar,  
y si llegara á triunfar  
este pueblo arrasaría.  
Sabed que se ha confiado  
en nuestro amor y virtud,  
y mirar por su salud  
debe ser nuestro cuidado.  
Si obráis en tales extremos  
como cumple á un militar,  
nosotros en tal azar  
nuestro deber cumpliremos.

Lop. Basta ya! no mas por Dios!  
que ayudado de mi fé,  
con mi deber cumpliré:  
haced lo que os plazca vos.  
Y el que no quiera conmigo  
defender, como es de ley,  
á su patria y á su rey,  
que se pase al enemigo;  
que en lance de tanto honor,  
y guerra con gente estraña,  
el que ha nacido en España  
y no es amigo, es traidor.

(*movimiento de los ricos-hombres, Ruy-Lopez con-  
tinua con prontitud.*)

Por todos los Sacramentos  
vencer ó morir juré;  
pronto vereis como sé  
cumplir yo mis juramentos.

Tello. Pues bien; dejadnos salir  
de le plaza; no queremos  
que el fin de tales extremos  
lo deba el pueblo sufrir.  
Si del dolor al poder  
cierra el inglés el oido,  
habremos al fin cumplido  
con nuestro santo deber.

Lop. Está bien; saldreis, señores,  
si tanto lo deseais,  
y el mundo dirá si obráis  
como amigos ó traidores.  
Yo mismo os escoltaré.

(*se dirige á abrir la puerta, y cuando va á llegar,  
á ella, sale Leonor, á su voz se detiene Ruy-Lopez  
como petrificado.*)

## ESCENA VIII.

LEONOR, *dichos.*

LEO. Padre mio!

TELLO. Leonor!

LOP. Ah!

LEO. Deteneos, señor.

Todo, todo lo escuché.

TELLO. Pues no tengo que decir entonces lo que has de hacer, porque ya debes saber que conmigo has de venir.

LEO. Yo! Señor? ah! por mi vida, no queráis sin compasion desgarrar el corazon de vuestra hija querida. Olvidad un interés que solo os puede guiar, menguado y ciego, á llevar vos mismo el triunfo al inglés.

LEO. Qué es esto, Leonor? Asi osas penetrar mi pecho? Quién te ha dado ese derecho para juzgar contra mi? Qué se hizo de tu decoro?

LEO. Ah! padre mio, perdon! Creed, no fué mi intencion faltar á quien tanto adoro. Pongo al cielo por testigo.

TELLO. Basta! Tú vas á escoger entre el amor y el deber; escucha lo que te digo. Mi resolución es tal que nada la cambiaria, y á mi lado no podria ver una hija desteal. Sé que amas con amor loco á Ruy-Lopez.

LEO. Es verdad!

TELLO. Y olvidas tu calidad, teniendo tu honor en poco. Asi, lo que mas te cuadre puede elegir tu contento.

LEO. Señor!

TELLO. Escoge al momento entre tu amante y tu padre.

LEO. Por vuestras guerras precitas queréis que apure, señor, en la copa del dolor hasta las heces malditas? Qué os hice para que asi me trateis, desventurada? Por qué me acosais, si nada podeis esperar de mi? Al que adora el pelear, de qué le puede valer el amor de una muger, sino de estorbo y pesar? Heridme, señor: ¿qué puede consolar mi corazon, cuando con vuestra ambición triste y solitaria quede?

LOP. Don Tello, esperad siquiera dos horas.

TELLO. *(con resolución.)* No!  
*(Leonor levantándose con dignidad y sobreponiéndose á su dolor.)*

LEO. Bien; mi amor os elige á vos, señor,

y sea lo que Dios quiera.

LOP. Leonor!

LEO. *(con calma.)* Qué me queréis? Es mi padre, y me conviene creer que la razon tiene, y que vos no la teneis.LOP. Pues bien; antes de una hora la suerte decidirá; por si contraria me vá, dejadme besar, señora, *(con sentimiento.)* vuestro mano idolatrada, como última despedida de quien fuisteis en la vida la muger mias adorada.*(Leonor ap. y tendiendo la mano á Ruy-Lopez.)*

LEO. Dios mio! dadme valor para tanto desconsuelo.

*(Ruy-Lopez que se ha arrodillado para besar la mano de Leonor, se levanta.)*

LOP. Ahora, que os ayude el cielo.

LEO. Adios! *(ahogando su dolor.)*LOP. *(id.)* Adios, Leonor!  
*(vanse los Ricos-hombres y Leonor.)*Moncada? *(aparece.)* Dejad salir esa gente de la villa por la puerta de Castilla. *(bajo á Moncada)* Pero escuchad: ban de ir por el camino cubierto, y á nadie llegar degeis á hablarlos; me respondéis, don Luis, del mejor acierto.

## ESCENA IX.

RUY-LOPEZ, LOS CAPITANES.

LOP. Capitanes, ha llegado *(volviendo á la escena.)* el momento de probar que tambien sabeis trionfar de un pueblo insubordinado.

ALAR. Mandad, señor, y caeremos sobre esa gente que grita.

LOP. No, Alarcon, no necesita el pueblo de esos extremos. Es inucente y honrado, y os tiene á todos amor: juradle por vuestro honor que puede estar descuidado, que solo por su interés, al que siempre estube atento voy á tratar al momento de paces con el inglés.

ALAR. La gloria y el amor vemos que os han querido quitar: mandados á pelear y amor y gloria os traeremos.

LOP. Gracias, señores; á vos solo os toca lo mandado, que para vencer honrado tengo la ayuda de Dios. Salid: quiera proteger el cielo vuestra demanda, que á mi á otra parte me manda á cumplir con mi deber. *(vanse los capitanes.)* Si, Dios mio! en un azar *(dirigiendose al cielo.)* están la gloria y mi amor; con vuestra ayuda, Señor, en él los voy á buscar.

FIN DEL ACTO PRIMERO

**ACTO SEGUNDO.**

Interior de la tienda de campaña del duque de Alencastre, puerta á la derecha, otra á la izquierda y á un lado una mesa de tigura en que juegan al agedrez Alencastre y Juan de Olanda; Vasconcelos les vé jugar sentado á la misma mesa. A la derecha otra mesa en que juegan á los dados, ú otro juego, Jacobo y Eduardo; todos sentados sobre cajas de guerra ó sillas de tigura. En el foro una grande entrada por donde se vé, á la derecha del espectador, el ejército sitiador, tiendas de campaña, armas en pabellones, centinelas, etc.; á la izquierda, en lontananza, el exterior de la plaza de Benavente cubierto de centinelas.

**ESCENA PRIMERA.**

*El DUQUE DE ALENCASTRE, DON JUAN DE OLANDA, VASCONCELOS; BEDFORT de pié al lado de Alencastre, JACOBO, EDUARDO.*

**ALE.** Con que eso os ha contestado (á Bedfort) el castellano? Es muy facil desafiár al destino en una edad en que arde sangre guerrera en las venas; pero no es el dominarle tan fácil como parece. Ruy-Lopez es arrogante como él solo, y vive Dios! que siento tener que darle una leccion de prudencia en negocios semejantes.

**BED.** Es joven y es español, y no estraño que le falte de cálculo y de sangre fria para tan pesados lances lo que de valor le sobra.

**ALE.** Bien, Roberto; Dios te guarde.

**BED.** Despues de hacerlo, señor, á vuestra alteza, que vale por un reino.

**ALE.** El cielo, Bedfort, tus buenos deseos pague. (Bedfort hace un saludo respetuoso, y se dirige lentamente y como distraido á la mesa donde juegan Jacobo y Eduardo.)

**ALE.** Qué os parece, Vasconcelos?

**VAS.** Qué, señor! Que sou el diantre los castellanos; mas yo juro, si quereis que asalle con mis soldados la plaza, que antes de que el gallo cante una vez, seremos dueños de la villa.

**ALE.** No es tan frágil como pensais, la muralla que suelen formar de carne detrás de la de peñascos.

**VAS.** Ob! mis portugueses valen por todos los castellanos que hay en Castilla. Mandadme atacar, y yo les juro, por San Jorge, que un instante no han de resistir mis brios.

**ALE.** Templad un poco el coraje, que tiempo habrá de probar lo que cada uno vale

**JAC.** Hola! Bedfort, bien venido; (á Bedfort.) parece que el cielo os trae á buen tiempo. Si quereis

hacer pié ..

**EDU.** Para que os trate la fortuna como á mi, no juguéis.

**BED.** Qué falta me hace el dinero donde no hay Eduardo, en que gustarle? Acepto.

**JAC.** Pues juego.

**BED.** (sentándose.) Venga, Jacobo.

(Durante la escena, los tres toman ó ponen dinero en medio de la mesa, segun que suponen ganar ó perder.)

**ALE.** Soberbio alcance!

Muy bien lo haceis, Juan de Olanda.

**OLA.** Me es familiar el ataque.

**ALE.** Ya lo veo. Y qué os parece, á propósito de ataques, de esos fieros castellanos?

**OLA.** Qué? Que están tan arrogantes con sus reyes, y el honor de su morado estandarte, y sus santos jaramentos y la gloria de sus padres, que España parece tierra de caballeros andantes. Creo que no harán jamás en la astucia cosa grande, que siempre fué su politica la espada en cualquiera lance, y lleva trazas de serlo hasta que el mundo se acabe.

**ALE.** Eso, don Juan, es franqueza muy propia de su carácter. Respetemos la honradez donde quiera que se halle. Fuera mi mayor placer ser rey de un pueblo tan grande.

**OLA.** Dios lo haga.

**VAS.** Amen.

**ALE.** Acabemos esta partida, y que pasen hareis las tropas que estan por fuera haciendo forrage, á tomar de junto al rio los puntos mas importantes, para acordar de una vez un bien combinado ataque.

**VAS.** Del que le juro á San Jorge que ni un castellano escape. (dando un pañetazo en la mesa; Alencastre y Olanda se sonrien)

**JAC.** Qué teneis, Bedfort? Parece que venis de mal talante? Dos veces habeis entrado de embajador, y me empalen si no salis de esa plaza tan mustio como el que sale de algun palacio encantado guardado por cien gigantes. Habeis visto por desgracia otra vez la interesante castellana; tan hermosa, segun decis, como un angel?

**BED.** Y mas para mi.

**JAC.** Canario! Parece, señor amante, que habeis estado en la gloria á visitar á los ángeles.

Yo, como no los he visto,  
aunque viera á esa brillante  
hermosura, no podría  
decir si era, según arte,  
obra celeste ó terrestre.

EDU. Ja, ja, ja!  
BED. Eh! no burlarse,  
señores, que es cosa seria.  
Yo la quiero, y esto baste.

JAC. Cosa sería unos amores?  
Vaya un sério disparate!

EDU. Es que son del otro mundo (*riéndose.*)  
y allí parece que se hacen  
las cosas de otra manera  
que en esta pocilga.

BED. Dale!  
Quereis burlaros?

EDU. (*con seriedad.*) No á fé,  
amigo, y disimuladme  
un rato de buen humor.

JAC. Y decidnos, si eso os place,  
la habeis vuelto á ver hoy?

BED. No.

JAC. Mal hecho. Yo, si llegáse  
á amar así, que lo dudo,  
por Dios que habiá de entrarme  
á ver mi amor cada día  
aunque fuera á los umbrales  
del infierno, y más allá.

BED. Pero he sabido bastante  
para mis deseos.

JAC. Hola!  
Contadnos...

BED. Sé que su padre  
es en la villa el más rico,  
y vive donde ha un instante  
me ha recibido Ruy-Lopez.  
Si á esto, señores, se añade  
que sé que Leonor se llama,  
me basta. Cuando se gane  
la plaza, la buscaré  
con ansia por todas partes,  
y una vez en mi poder,  
mía para siempre la hace  
el derecho de conquista.

JAC. Y quién os dió esos detalles  
tan minuciosos?

BED. Un joven  
con quien me dejaron antes  
de oírme. Yo aproveché  
ocasion tan favorable;  
y una palabra tras otra,  
saqué de aquel miserable  
cuanto anhelaba saber  
para combinar mis planes.

JAC. Recibid mi enhorabuena,  
y que el cielo os adelante  
en las batallas de amor,  
como lo hace en las de Marte.

EDU. Maldita suerte la mía!  
(*dando un puñetazo sobre la mesa.*)  
Siempre igual!

BED. Ved qué contraste,  
Jacobo; cuando uno ríe  
es preciso que otro rabie.  
Este mundo siempre el mismo!

JAC. Válgame Dios! cuanto sabe  
el amor! Por vida mía!  
que hasta filósofos hace.

Estais hoy original!  
BED. Aprehension.

JAC. Juego.

BED. Adelante.

ALE. Os defendeis y alacais  
de una manera admirable,  
mas lo que es por esta vez  
sois perdido... Jaque mate!

OLAN. Quién puede con vuestra alteza?  
Sois en todo inespugnable.

ALE. Ahora á caballo.

UN OFICIAL. (*que aparece.*) Señor?

ALE. Qué hay?

OFI. De la plaza salen  
unos paisanos que quieren,  
si puede ser, al instante  
bablar á su alteza. Dicen  
que es cosa urgente.

ALE. Que pase  
uno que los represente,  
y los demas que se aguarden.  
(*Bedfort que vé de pié á Alencastre, Olanda y Vas-*  
*cencelos, dice á los otros.*)

BED. Alzad, señores.

OLA. Acaso  
vengan á tratar de paces.

ALE. Ya veremos. Si esa villa (*á los capitanes.*)  
no quiere hoy mismo entregarse,  
es necesario obligarla  
á que rinda el homenaje  
á su legitimo rey,  
sin que un día se relarde.  
En vuestro valor espero.

BED. Señor, vuestra alteza mande  
y obraremos.

ALE. Eso aguardo  
de tan buenos capitanes.

## ESCENA II.

Dichos, DON TELLO, LEONOR, JIMENA.

TELLO. Quién de vosotros, señores,  
es el Duque?

ALE. Hablad.

TELLO. Sois vos?

ALE. Qué quereis?

TELLO. Que os guarde Dios  
de sus rayos vengadores;  
y si vuestro pecho encierra  
un resto de compasion,  
corte vuestro corazón  
los horrores de esta guerra.  
Si la villa que cercais,  
por azar de la fortuna,  
tras de resistencia alguna  
por á alto la tomáis,  
no entreis á saco, señor,  
que si ya no se ha rendido,  
la culpa de ella no ha sido  
sino del gobernador.  
Y no es justo que la pena  
sufra el pueblo de un delito  
que do quier á voz en grito  
le rechaza y le condena.  
Los ricos hombres quisimos  
hoy mismo capitular,  
no pudiéndolo alcanzar  
á vuestro campo venimos,  
como padres, á pedir

por un pueblo desgraciado  
que, de pelear cansado,  
se quiere, señor, rendir.  
Si algun tiempo resistió  
vuestro invencible poder,  
cumplia con su deber,  
y con honra se batió;  
que vileza hubiera sido  
no hacer resistencia alguna:  
pero, en fin, á la fortuna  
nadie vencerla ha podido.  
Nosotros, que confiamos  
en vuestro amparo y honor,  
con vuestras hijas, señor,  
sumisos nos entregamos.  
Si no es posible alcanzar  
para el pueblo gracia entera,  
¡ah! que sus vidas siquiera  
podamos, señor, salvar,  
y con ellas respetadas  
nuestras mugeres tambien  
serán, como único bien,  
en estas horas menguadas.

ALF. Mucho pedis, a fé mia,  
y si á concederlo fuera  
sin que el pueblo se rindiera,  
torpeza grande seria.  
Si cuanto ese pueblo encierra  
boy no jura serme fiel,  
todos sufrirán con él  
los horrores de la guerra.  
Mucho lo siento, pur Dios,  
pero de tales horrores  
a nadie culpeis, señores;  
la culpa la teneis vos.  
Dos veces os he mandado  
proposiciones de paz,  
y con desprecio tenaz  
me las habeis rechazado.

TELLO. Nosotros hemos querido  
vuestras paces aceptar;  
hemos, señor, de pagar  
culpas que otro ha cometido?

ALF. Adán fué á su Dios traidor,  
y Cristo al mundo enviado  
fué, á redimir tal pecado..  
Buscad vos un redentor.

TELLO. Pues bien, iremos serenos (con entereza.)  
otra vez á combatir,  
y así podremos morir  
en la lucha como buenos.

ALF. Y para una relacion  
me venis á importunar?  
Por Dios, que haceis sospechar  
alguna infame intencion.

TELLO. Ninguna! (con dignidad.)

ALF. Pero imprudentes  
caminais hácia un abismo.  
Que los lleven ahora mismo (á Bedfort )  
basta fuera de mis gentes.

BED. Si permite vuestra alteza  
que yo un consejo le dé,  
de cuyo éxito podré  
responder con mi cabeza?

ALF. Decidle. Sabeis que quiero  
siempre vuestro parecer;  
y en casos de tal valer  
nunca mi voto prefiere.

BED. Puesto que la villa está

pronta á rendirse, señor,  
que entregue al gobernador  
que muy facil la será.  
Y si en ello, como dice  
ese hombre, tiene interés,

(señalando á don Tello.)

que vuelva á la villa, pues,  
y con su nombre autorice  
al pueblo para pedir  
una capitulacion.

Mas contra infame intencion  
creo os debeis prevenir:  
y en esto es mi parecer,  
por ser el mas acertado,  
que guardéis con gran cuidado  
en rehenes esta muger.

(señalando á Leonor á quien desde que entró en la  
escena, mira con grande interés, queriendo cono-  
cerla.)

LEO. Cielos! (apoyándose en Jimena.)

JIM. No temas; valor!

TELLO. Ah! vos no consentireis  
tal infamia: no dareis (á Alencastre.)  
á un padre tanto dolor.  
Tened compasion de un viejo,  
por cuanto en la tierra amais.  
Alencastre, no admitais  
tan inhumano consejo.

ALF. Confieso, por vida mia,  
que muy poco me agradó;  
pero ahora, necio yo  
en no admitirle seria.  
El terror que ha producido  
en vos, me hace sospechar  
que en cuanto acabais de hablar  
en todo me habeis mentido.  
Si, por el contrario, es cierto  
y no quereis engañarme,  
facil os será entregarme  
á Ruy-Lopez vivo ó muerto:  
que si solo en él está  
la resistencia, á mi ver,  
para vencer su poder  
el pueblo os ayudará.

TELLO. Es que sus tropas allí  
le apoyen, señor, quizás.

ALF. Mejor; así valdrá mas  
vuestro triunfo para mi.  
Si no podeis entregar  
la plaza inmediatamente,  
la tomaré con mi gente  
y la mandaré arrasar.  
Ved que de tiempo teneis  
tan solo hasta la oracion,  
y de cualquiera traicion  
solo vos me respondeis.

BED. Señor!

ALF. No mas pareceres.  
Que sea al punto escollado,  
y se guarden con enidado  
en mi tienda esas mugeres.

LEO. Ah! Señor, no pretendais  
con tan inhumana accion,  
borrar de vuestro blason  
la nobleza que ostentais.  
Qué gloria podeis coger  
alcanzando vuestro intento,  
sobre el cadáver sangriento  
de una infelice muger?

Si vais un pueblo á rendir  
por ese medio traidor,  
qué cuartel podreis, señor,  
á vuestro escudo añadir?  
No, la gloria del soldado  
no es triunfar villanamente,  
es morir como valiente,  
como noble y esfurzado.  
Dejadnos, señor, volver  
á nuestro pueblo á morir,  
de nada os pueden servir  
un viejo y una muger.

Y si Ruy-Lopez os llama  
como honrado á pelear,  
no queráis cobarde echar  
un borron en vuestra fama.

ALF. Por Dios, que mucho sabeis  
en lanceos de honor, señora.  
Pensais que he venido ahora  
á que vos me prediqueis?  
Cuanto miro en vos me hace  
negra trama sospechar,  
y en su propia red cazar  
al enemigo me place.

LEO. Ab! señor, si os ultragé,  
(Leonor al arrojarse á los pies de Alencastre, deja caer  
el velo que la cubre el rostro; Bedford que la ha seguido  
con la vista, manifiesta su alegría.)  
perdone mi indiscrecion  
vuestro noble corazon.

BERD. (Ella es! No me engañé.)  
(Alencastre despues de haber mirado un momento á  
Leonor, se vuelve á Bedford y dice con interés.)

ALF. Hermosa es, por vida mia,  
Alzad.

(Levantando á Leonor, y como contemplando absor-  
lo su hermosa.)

(Bedford temiendo que Alencastre dege en libertad á  
Leonor, dice con el interés del que teme le arrebatan su  
presa.)

BERD. Señor, si la dais  
oidos, quizá perdais  
una corona en un dia.  
Y pensad que echará Dios,  
si pereren engañados,  
la sangre de esos malvados  
gota á gota sobre vos.  
Ahora el cielo os ilumina  
para que no la vertáis;  
qué será si despreciais,  
señor, esa luz divina?  
Qué direis cuando llegado  
el juicio tremendo os llame,  
si vais como reo infame  
de tanta sangre manchado?

ALF. Roberto, qué es eso? Vais (con dignidad.)  
á predicarme tambien?  
O habeis olvidado á quien,  
capitan, hablando estais?

BERD. El cielo de vuestra gloria (con sumision )  
me obligó, que sentiria  
veros, señor, algun dia  
mal retratado en la historia.

ALF. Lo creo así, y os perdono  
en gracia de la intencion.  
(dá la mano á Bedford y este la besa.)

Sabeis que mi corazon  
no puede guardar encono.

BERD. Señor... (Oh! Si se perdiera  
esta ocasion...)

LEO. (Dios eterno,  
qué suplicio!)

BERD. (continuando ) (Del infierno  
los tormentos prefiriera.)

JIM. Confia en Dios, Leonor,  
no llores.

LEO. Jimena mía,  
no puedo.

BERD. Se pasa el dia  
y no resolveis, señor.

TELLO. Si; decide en el instante  
la libertad ó la muerte,  
que para arrostrar la suerte  
tengo corazon bastante.  
Y si lo que lloro y siento,  
por desgracia me engañé,  
con mi sangre lavaré  
los errores de un momento.

ALF. Bien. Bedford, egecutad  
(como resolviéndose á su pesar.)  
mis órdenes sin tardanza.  
Seguidme.

(A los demas capitanes que se entran con Alencastre  
por la salida derecha, basta donde le acompaña Bedford.)

LEO. (á Jimena.) No hay esperanza.

ALF. Daos prisa. (saliendo.)

BERD. Descuidad.

### ESCENA III.

LEONOR, JIMENA, BEDFORD, DON TELLO y soldados.

BERD. (Oh! ya es mia.) Guardias? (aparecen.) Fuera  
sacad á ese hombre; llevadle  
con gran cuidado, y dejadle  
en la avanzada postrera.

TELLO. No! Teneos, vive Dios!  
que mi hija ha de venir,  
ó hemos sino de morir  
aqui abrazados los dos.

BERD. Miradlo bien, porque nada  
vuestro empeño alcanzará;  
y aqui vuestra hija será  
atendida y respetada.

Venid. (queriendo cojer de la mano á Leonor.)

LEO. No; no os acerqueis:  
(retrocediendo espantada.)

me dais miedo. Huid de mí!

(Bedford la mira con sonrisa de triunfo )

Ah! no me mireis así...

Malvado! Me estremeceis...

No sé qué fatal destino

me anuncia vuestra mirada.

Sois una hiena lanzada

por mi mal en mi camino?

Qué me quereis?... No! jamás

lograreis vuestra porfia.

primero me mataria,

ministro de Satanás.

TELLO. Leonor!

(como suplicándola que no irrite á Bedford )

BERD. (con calma ) Señora, yo siento,

y os lo juro por mi Dios,

tener que usar contra vos

de algun medio violento;

pero me lo manda el rey,

y aunque sea mal mandado,

en un valiente soldado

el obedecer es ley.

LEO. Pues bien, tiranos, probad

ESCENA IV.

BEDFORD solo, y como hablando consigo mismo.

Está en mi poder,  
y pronto la haré escoger  
entre mi amor y la muerte...  
Ahora con gran razon  
debes, Bedford, evitar  
el que llegue á sospechar  
Alencastre esta pasion:  
de ese modo alcanzarás  
ser guarda de esa muger,  
y una vez en tu poder  
tus deseos lograrás;  
que negarse entonces fuera,  
en verdad, gran desalino...  
Verá que no hay mas camino,  
y hará al fin lo que yo quiera.  
Si aun resiste tenaz  
mi cariño, y no hay remedio,  
usaré por fin el medio  
que dá la fuerza, y en paz.  
Qué bay, Conrado? Ha vuelto en si?  
*(a Conrado que sale.)*

Cos. Si, señor; apenas vió  
donde se ballaba, empezó  
á llorar. Yo la ofrecí  
traerla cuanto pudiera  
dejar su gusto cumplido,  
y, muda, no ha respondido  
ni una palabra siquiera.

BEU. Está bien... Déjame ya.

Cos. El cielo os guarde, señor. *(vase.)*

BEU. Ya estoy solo con mi amor.

Quién mi dicha impedirá?  
Aun tardara en salir  
Alencastre; no perdamos  
esta ocasion, y leamos  
un rato en el porvenir.  
Ah! gocemos la ventura  
que asi... Pero y si es un sueño  
lo que me pasa?... Yo dueño  
de esa muger!.. qué locura!  
Esta idea que es mi vida,  
y me persigue tenaz,  
es sueño?... No; es realidad,  
*(mirando al apartamiento donde entró Leonor.)*  
y la realidad querida.  
Allí está: con su dolor  
mas bella me parece hoy...  
y, qué espero, que no voy  
á declararla mi amor?  
Vamos, Bedford, ¿qué recelo  
te detiene? Y si tobiera *(dá dos pasos y se pa- ra.)*  
otro amor, y no admitiera  
tu cariño? Vive el cielo!  
*(con ira que contiene con la mayor prontitud.)*  
Pero, Bedford, ¿qué interés  
asi te puede obligar,  
tan sin cautela á olvidar  
que eres por fortuna inglés?  
Calma, astucia, y sangre fria.  
Si abriga su corazon  
por su mal otra pasion,  
bueno, que no viva un dia.  
Y ese amante, cuya estrella  
ha venido á mi poder,  
vaya, si la quiere ver,  
al otro mundo á por ella...

si podeis arrebatarme  
un padre que supo darme  
alma y corazon: llegad,  
verdugos sin compasion,  
lobos del mundo, villanos;  
yo os rasgaré con las manos  
los ojos y el corazon.  
Habeis pensado triunfar  
de una infelice muger;  
inhumanos, sin creer  
que os pudierais engañar.  
Cobardes sin corazon,  
mal llamados caballeros,  
que envainais vuestros aceros  
y atacais con la traicion;  
contra acciones tan villanas  
sabed que para su bien  
tiene Castilla tambien  
valor en sus castellanas;  
y que esposa de Leon  
es Castilla; y si traidores,  
como astutos cazadores,  
á sus hijas sin razon  
las acosais en su tierra,  
serán, pues en ella nacen,  
leonas que despedacen  
los pendones de Inglaterra.

BEU. Me dais lástima, señora,  
porque entre palabras tales,  
se dejan ver las señales  
de alguna fiebre traidora,  
y os engaña el corazon.

LEO. Pues bien, llegad si podeis.

BEU. Y vos me perdonareis *(con galanteria.)*  
que cumpla mi obligacion.

*(Leonor quiere hacer un esfuerzo de valor y dirigir- se á Bedford, pero la faltan las fuerzas, vacila y cae en brazos de Jimena.)*

LEO. Ah! no puedo mas, Jimena.  
Yo me abogo, padre mio!

TELLO. Leonor! *(acudiendo á ella.)*

LEO. Ah! Siento un frio  
que las fuerzas me encadena.  
*(cae desmayada en brazos de su padre y de Jimena.)*

BEU. No decia yo que todo  
era un esceso de vida,  
que al fin seria rendida  
de uno ó de otro modo?  
Separadlos. *(á los guardias.)*

TELLO. Ah! Señor,  
tened piedad de un anciano.

BEU. Pronto! llevadle.  
*(le arrastran los soldados fuera de la escena.)*

TELLO. *(saliendo.)* Villano!  
maldito seas!.. Leonor!  
Hija mia! *(vase.)*

BEU. Entrad allí  
*(á dos que se han quedado sosteniendo á Leonor.)*  
esa muger con cuidado,  
y no la deges, Conrado,  
hasta que haya vuelto en si.  
*(entran con Leonor en el apartamiento de la iz- quierda. Jimena les sigue llorando.)*

JIM. *(Infeliz! Qué horrible suerte  
la espera!)*

Si se arregla algun tratado,  
y la tengo que entregar,  
fácil me será probar  
que ella misma se ba matado.  
Calma, Bedford, y adelante:  
sea tuya ó de la muerte...  
Son azares de la suerte,  
y el que pierda se aguanté.  
Decidete, corazón.

(En el momento en que vá á llegar al apartamento,  
donde está Leonor, sale Alencastre por el lado opuesto  
seguido de los capitanes.)

## ESCENA VI.

ALENCÁSTRE, OLANDA, JACOBO, EDUARDO, VASCONCE-  
LOS, BELFORT.

ALE. Bedford?

BED. (*deteniéndose.*) Señor?

ALE. Dónde vais  
ahora?

BED. Eso preguntais?  
A cumplir mi obligacion.  
En esa cuadra apartada,  
de la tienda, á esa muger  
han metido, y voy á ver  
si está bien asegurada.

ALE. Si, dejad eso olvidado,  
y ceñios el arnés,  
que mas guerrero interés  
reclama nuestro cuidado.

BED. Señor, yo fui solamente  
quien fiel os aconsejara  
que en rehenes se quedára;  
y si, desgraciadamente,  
llegára á fugarse...

ALE. Qué?

BED. Mi plan se destruiría,  
y el mundo acaso diría  
que á vuestra alteza engañó.  
Es la envidia tan mordera  
que en todo peca, señor.

ALE. Si en ello os va tanto honor  
no os la negaré: Llevad  
ahora mismo esa muger  
á vuestra tienda: ya veo  
que teneis un gran deseo  
en que se llegue á deber  
á vuestra idea la gloria  
de esta jornada; y mi sello  
guardareis, si al fin por ello  
alcanzamos la victoria.

BED. Señor, doy á vuestra alteza  
mil gracias por tanto honor.  
(*besando arrodillado la mano de Alencastre.*)

ALE. Alzad.

BED. (*Albricias, amor.*  
Oh! ya es mia.)

ALE. A la cabeza  
de vuestros soldados, quiero  
que al momento os presenteis.

BED. Está bien.

ALE. No os descuideis,  
que en la alameda os espero.

(En el momento en que Alencastre se dirige á la sali-  
da del foro seguido de los capitanes, se presenta el  
oficial.)

OFI. Señor?

ALE. Qué hay?

OFI. Un enviado

que de la plaza ha salido,  
con un séquito lucido  
á nuestro campo ha llegado.  
Dice que desea hablar  
á vuestra alteza, y tambien  
á los gefes...

ALE. Está bien.

Hacedle al momento entrar.  
Parece que vuestro plan (*á Bedford.*)  
va dando sus resultados.

Si; serán los enviados  
que las llaves nos traerán.

BED. Tal vez... (*Oh! permita el cielo  
que tal no sea*)

ALE. Si así

fuera, os nombro desde aquí  
gobernador de este suelo.

(*Roberto se inclina en accion de gracias.*)

## ESCENA VII.

Los mismos, RUY LÓPEZ de cotá de malla y con la  
visera calada.

ALE. Bien venido seais, bravo caudillo,  
cuyo noble ademán, según reparo,  
á garantir vuestra persona basta  
al llegar hasta mi como enviado  
de un pueblo digno de emplear su arrojo  
en favor de otra causa. Ya escuchamos  
lo que decir teneis: mostrad al punto  
libre el rostro, y hablad.

LOP. Si con recato  
le guarda la celada, para ello  
sus razones tendrá. De un enviado  
las palabras no mas son las que deben  
interés ofrecer, no si de mano  
del cielo recibió al venir al mundo  
belleza ó fealdad.

ALE. Pues bien; sepamos  
cual es vuestra mision: nada me importa  
quien quiera que seais.

LOP. (*bajando á la escena.*) Ruy Lopez Dávalos,  
súbdito del monarca de Castilla,  
conde de Rivadeo, adelantado  
mayor de Murcia, en Benavente ahora  
gobernador, os reta, sin descanso,  
á muerte, á vos, el duque de Alencastre,  
ó á cualquiera de vuestros esforzados  
caballeros, que anhelan las espadas  
con la suya cruzar; estipulando  
dos solas condiciones: Si la suerte  
os diere el triunfo á vos, sin mas estragos  
se rendirá la villa; si venciere  
Ruy Lopez, al momento vuestro campo  
levantado será, y jamás la plaza  
á sitiar volveréis.

ALE. Bien, castellano,  
no esperaba yo tal, por vida mia;  
y dile á tu señor que ha sido grato  
para mi tu mensaje; y que ya espero  
el momento feliz que nos veamos  
cara á cara los dos.

LOP. (*dirigiéndose á Alencastre con ademán de dar-  
le la mano.*)

Pues bien ..

(*en el momento en que va á llegar á Alencastre, Ja-  
cobo habla con entusiasmo: Ruy Lopez se contiene.*)

JAC. Oh! nunca

creais que cederán vuestros soldados



esa gloria, señor.

ALE. Willian! qué es eso?

Dónde habeis aprendido á sublevaros  
contra mi voluntad? Silencio digo!

(*Jacobo que iba á hablar se contiene.*)  
Nadie intente oponerse; yo lo mando,  
y rebelde declaro desde ahora  
al que no obedeciere mis mandatos.

OLAN. Pues antes con pesar arrostremos  
vuestras iras, señor, que consintamos  
ver espuesta una vida que el destino  
con tantas otras vidas ha enlazado.  
Perdonad si, rebeldes un momento,  
á vuestra voluntad nos declaramos.  
Cada cual de nosotros ser quisiere  
el solo caballero á quien relato  
hubiera ese caudillo: aqui no hay uno  
de vuestros capitanes que insensato  
no ambicione la gloria de un combate  
con el fiero español que intenta osado  
á un rey desafiar.

ALE. Olanda, basta!  
Mis armas, mi escudero y mi caballo  
haced que vengan sin tardanza alguna.  
Tú, dile á tu señor que ya le aguardo  
(*á Ruy Lopez.*)

con ansia de probar en franca guerra  
el temple de su acero y de su brazo.

LOP. Bien, dentro de una hora ..

OLAN. Capitanes!

La vil afrenta que marchita el laoro  
que adorna vuestras frentes no manchadas,  
pudierais consentir?

EDU. No! protestamos  
contra todo combate que no sea  
por uno de nosotros sustentado.

OLAN. Ya lo veis.

ALE. Oh! traidores!

OLAN. No, leales.

Que seria, señor, de esos soldados  
que con amor y lealtad os siguen  
de sus tierras y climas tan extraños,  
si murierais aqui? Su fiel cariño  
quereis pagar, dejando abandonado  
un ejército entero á mil peligros,  
en pais extranjero, sin amparo,  
cual tierno niño que perdió en la cuna  
los padres que á este mundo le arrojaron?  
Señor, miradlo bien.

LOP. Nobles guerreros,  
mucho os honra la lucha en que empeñados  
estais; pero mirad que el tiempo pasa,  
y yo con ansia la respuesta aguardo.  
Si al fin el conveniros no es posible,  
que decida la suerte es lo mas llano.

TODOS MENOS BED. Si la suerte!

ALE. Pues bien; mi nombre quiero  
el primero escribir. Traed un casco,  
y en él su nombre cada uno ponga  
escrito en un papel.

(*Los cascos de los ingleses estarán en la escena sobre  
cajas de guerra ó sillas de tigre. Jacobo alcanza uno, en  
el que cada capitán va echando una papeleta en que pone  
su nombre. Alencastre lo coje y se lo presenta á Ruy  
Lopez.*)

OLAN. (Dios soberano,  
librad á nuestro rey, en cuya vida  
gloria espera su ejército esforzado.

ALE. En el nombre de Dios severo y justo,  
que guie con acierto vuestra mano,

el destino sacad.

LOP. (*saca una papeleta y lee.*) Roberto Bedford.

BED. Yo! (Maldito destino!)

LOP. Vuestra mano,  
(*se levanta la visera y se dirige á Bedford.*)  
valiente capitán, y hasta mañana.

Apenas el aurora plegue el manto  
de la vecina noche, nos veremos.

BED. Hasta mañana pues.

(Bedford estará con la espalda vuelta y enfrente al  
apartamento donde entró Leonor; se supone que esta ve  
á Ruy Lopez, y se la oye dar un grito, que llama la aten-  
cion de Ruy Lopez; este se dirige á dicho apartamento,  
y al ir á llegar, sale Leonor.)

LRO. (*dentro.*) Ab!

LOP. Cielo santo!

Qué veo? Leonor! prenda querida,  
que perdida lloré, vuelve á mis brazos.

ESCENA VIII.

Dichos, LEONOR.

LEO. Ruy Lopez, qué destino maldecido  
te trajo á este lugar? Huye! la muerte  
te cerca por do quier.

LOP. Fortuna ha sido,  
no desgracia, mi bien, pues llevo á verte:  
y nadie puede disputarme ahora  
tu hermosura y tu amor.

BED. (Ruy Lopez dijo:  
es mi rival. Maquinacion traidora  
en este reto por do quier colijo.  
Mandad prender al impostor.

LOP. Cobarde!  
tu menos que ninguno hacer debieras  
tan vil proposicion.

BED. (*con grande interés.*) Si ya no es tarde,  
el cielo de un traidor salvarnos quiera.  
Sus soldados, tal vez desprevenido  
nuestro ejército hallaron; y, aterrada  
la vanguardia, señor, habrán podido  
con su preciosa sangre derramada  
los campos inundar. Desde aqui veo  
los nuestros perecer al golpe airado  
de traidora cuchilla. El clamoreo  
del soldado infeliz que, asesinado  
por la muerte cruel, venganza clama,  
el viento cruza; y al herir la tierra  
con triste acento de dolor nos llama  
á vengar el honor de la Inglaterra.

ALE. Willian!

JAC. Señor?

ALE. Mi guardia en el momento  
haced que se prevenga.

LEO. Ves? tiranos  
te van á asesinar, huye!

LOP. No siento  
mas temor que por ti, si esos villanos  
sin fé pretenden con disculpa vana  
mi persona atacar.

ALE. No, solo quiero  
en rebenes guardar hasta mañana  
esa muger, á quien segun inliero  
te une el amor: mas si traicion impia  
te trajo á este lugar, nada pudiera  
librarte aqui de la venganza mia,  
y ella contigo á mi furor muriera.

LOP. Aun no me conocéis? Habeiis oido  
mi nombre pronunciar, y algun recelo  
de villana traicion habeis podido

- contra mi concebir! No, vive el cielo;  
Ruy Lopez no es traidor; y á quien dijere  
otra cosa en contrario, yo le digo  
que miente; y venga, pues, donde quisiere  
á sustentar la acusacion conmigo.
- ALB. Jacobo llega ya; por él sabremos  
cual la intencion de tu venida estraña  
ha sido á este lugar.
- LEO. No, no, marchemos:  
huye, por Dios, de su traidora saña.
- LOP. Serénate, Leonor; aqui he llegado  
en franca lucha; mas si vil recelo  
con doblada intencion han pretestado,  
de Dios al justo tribunal apelo.
- ALB. Qué hay Jacobo? (*á este que llega.*)
- JAC. Señor, todo tranquilo  
en nuestro campo está; cosa ninguna  
en él induce á sospechar el hilo  
de trama horrible ni traicion alguna.
- ALB. Bien, Ruy Lopez; en tanto que la hora  
del combate se acerca, segun veo  
os podeis retirar; y vos, señora,  
aqui ese instante que esperéis deseo.
- LOP. Alencastre, qué tiene en nuestra lucha  
que ver esta muger?
- ALB. No te se esconde  
que tiene parte en el asunto, y mucha:  
ella en mi campo de tu fé responde.
- LOP. Qué me quereis decir?
- ALB. Que si intentára  
alguno contra mi traicion impia,  
por temor de que en ella me vengára,  
tu poder la traicion impediria.
- LOP. Aun recelas de mi?
- ALB. No; mas confieso  
que no debo perder cuanto me fuere  
propicio en tal azar: quiero por eso  
que esta muger en mi poder espere.
- LOP. Quién de ti me responde?
- ALB. Castellano,  
que no conoces á Alencastre infiero;  
mas, calma ese temor. Por esta mano  
te responde mi fé de caballero.  
Si fuera, por azar de la fortuna,  
tu suerte en el combate desgraciada,  
esa muger...
- LOP. Qué?
- ALB. Sin doda alguna,  
á su padre por mi será entregada.
- LEO. Ah! Ruy Lopez, no, no; contigo quiero  
salir de este lugar, donde una suerte  
aun mas horrible que la tumba espero,  
si te alejas de mi, dame la muerte.
- ALB. Ruy Lopez, yo respondo por mi vida  
de esa muger, y para mas sagrado  
será, si así lo quieres, añadida  
como una condicion en el tratado.  
Ya sea vencedor ó ya vencido,  
si quieres á mi hora conliarla,  
apenas el combate concluido,  
yo te prometo en libertad dejarla.
- LOP. Y por qué ahora no?
- ALB. Porque los míos  
en ella ven de la traicion el puerto;  
y en vano fuera reclamar tus bríos  
si desarmado estás.
- LEO. Dios mio!
- LOP. Es cierto.
- Ya se vé, me teneis como raposos
- al leon en la jaula adormecido,  
y aun ereo que cobardes y medrosos  
temblais al escuchar solo el rugido.
- ALB. Ruy Lopez!
- LOP. Bien. . . acepto. Dios protege  
mi causa, y mirará que en tal partida  
yo en vuestras manos una prenda deje  
que me puede importar mas que mi vida.
- LEO. Me abandonas así?
- LOP. No, prenda mia.
- LEO. No, y me dejas, cruel!
- LOP. No hay mas camino.  
En vano ahora pretender seria  
arrancarte de aqui, cedo al destino.  
Mañana al fin decidirá la suerte  
quién de los dos esta contienda gana.  
(*señalando á Alencastre.*)  
No acobardemos ya. con alma fuerte  
espera, Leonor, hasta mañana.
- LEO. Pues bien; si otro remedio no encontramos,  
en la ayuda de Dios esperaremos,  
que si ánimo y valor así nos damos,  
el horrible destino venceremos.
- LOP. Ah! tu arrojo y valor me dan mas brío.
- LEO. Dios combata á tu lado!
- LOP. Así lo espero.  
Hasta mañana, pues, encanto mio.
- LEO. Adios!.. hasta mañana.  
(*Ruy Lopez conduce á Leonor al apartamiento de la  
izquierda donde entra esta*)
- BED. (*Si yo quiero.*)
- LEO. (Protegedle, señor! (*vase.*))
- LOP. Bedfort, la hora?
- BED. Del sol á los primeros resplandores.
- LOP. Está bien, capitán, hasta mañana.  
(*dándole la mano.*)  
Alencastre...  
(*como preguntando si le cumplirá la palabra.*)
- ALB. con dignidad.) Dodais?
- LOP. (*da la mano á Alencastre como convencido de  
su honradez.*)  
Adios, señores.  
(*Alencastre y los demas, menos Bedfort, salen acom-  
pañando á Ruy Lopez, á poco vuelve Alencastre solo.*)
- BED. (*solo.*) Ahora es mia. Pardiez, casi prefiero  
tenerme que batir: Oh! ya ninguno  
me la podrá quitar; y, si yo muero,  
dos los muertos serán en vez de uno.  
(*se dirige al apartamiento donde está Leonor, y al  
ir á llegar, sale Alencastre.*)
- ALB. Bedfort?
- BED. (*parándose.*) Qué mandais?
- ALB. Quiero un momento  
hablar á esa muger.
- BED. (*Ab!*)
- ALB. De esta puerta  
la entrada vigilad.  
(*entra y deja caer la cortina.*)
- BED. Nuevo tormento  
(*como poseido de una idea repentina*)  
me prensa el corazon. Bedfort, alerta!  
(*Desenvaina el puñal, y se pone á escuchar con interés  
por entre la cortina que cubre la entrada del apartamien-  
to donde donde entró Alencastre. Caen el telon.*)

FIN DEL ACTO SEGUNDO.

## ACTO TERCERO.

Campamento de ingleses y portugueses al frente de Benavente, cuya muralla por la parte exterior se distingue en lontananza y á la izquierda del espectador, coronada de centinelas. En tercer término se vé un puente que cruza de izquierda á derecha, sobre un rio que va á perderse á la izquierda del espectador: sobre el puente habrá varios centinelas. En los segundos bastidores la entrada de la tienda de Alencastre con dos centinelas. En el espacio que media entre la tienda de Alencastre y el puente, habrá todas las tiendas, pabellones de armas, grupos de soldados y centinelas posibles, hasta perderse en lontananza por la derecha del espectador. Mas arriba de la tienda de Alencastre, y torando con ella, un tablado adornado con trofeos militares, al que se sube por una grada de tres escalones. En la tienda de Alencastre ondea el pabellon inglés, en la de Vasconcelos el portugués, y en un castillo de Benavente el español. Es de noche; á poco empieza á amanecer.

### ESCENA PRIMERA.

VASCONCELOS, EDUARDO y JACOBO, aparecen sentados en unas peñas que habrá á la derecha.

VAS. Yo creo que tal locura, en verdad, es cosa rara; y el diablo que la comprenda.

O yo no entiendo palabra en achaques de estrategia, ó Ruy Lopez está en Babia.

EDU. No tal, señor Vasconcelos; sabe bien lo que se caza.

VAS. Si es verdad lo que se dice, no creo muy acertada su reserva.

JAC. Por qué no?

VAS. Porque teniendo en la plaza á su novia, es un delirio, según yo creo, dejarla venir al campo enemigo, cuando con una palabra puedo evitarlo.

EDU. No tal.

VAS. Cómo que no? Si pensaba proponer un desalio personal, la cosa es clara: conque se lo hubiera dicho á don Tello, santas pascuas: el pueblo hubiera esperado el éxito.

EDU. Y si contraria hubiera sido la idea del pueblo, viendo su causa así mas comprometida? Es claro que exasperadas sus pasiones, en tumulto por las calles y las plazas, la salida de Ruy Lopez hubiera impedido; nada bastaría á contener la multitud; de las armas hecha dueña, hubiera preso á Ruy Lopez, irritada; y ya se hubiera entregado Benavente.

VAS. Y una infamia no hubiera sido pagar de ese modo la arrogancia y el valor de su caudillo?

JAC. Y qué quereis? Si en España así es la plebe.

EDU. Lo mismo que en todas partes: se exalta cuando vé el peligro lejos, grita, se enfurece, arrastra el objeto de sus odios sin compasion; y si amaga sobre ella un golpe certero, se aterra, tiembla asustada, mira estúpida el peligro, espera la muerte, y calla.

VAS. Sabeis mas que un Ciceron: me babeis convencido. Basta, y no hablemos mas en eso. Y, decidme, no os estraña el que Alencastre consienta, con esa maldita calma, que presencie Leonor el combate, y que baya mandado hacer para ello ese tablado?

EDU. Es ventaja para nosotros.

VAS. No entiendo...  
EDU. Vasconcelos, es escasa de comprension vuestra mente. Teniendo cerca á su amada Ruy Lopez mientras combate, no hay duda que en ello gana Roberto

VAS. Cómo?

EDU. Es muy facil que dirija una mirada á doña Leonor, Ruy Lopez...

VAS. Y qué?

EDU. Y bien aprovechada por Bedford tal ocasion, puede con acierto y maña el pecho de medio á medio pasarle de una estocada; y negocio concluido.

VAS. (ap. y santiguándose.) Que idea tan endiablada! Como de ingleses al fin!

JAC. Además, esa muchacha lo ha pedido así, y no es facil negarse á tan linda cara, cuando reclama llorosa de rodillas una gracia.

VAS. Pero esta, según decis, ha de serla desgraciada.

EDU. Y qué quereis, Vasconcelos? Es muger, y esa ignorancia es privilegio esclusivo del sexo: nunca las damas supieron, don Pedro, hacer las cosas como Dios manda. Además, es española; y ya sabeis que en España obran de un modo distinto á toda la especie humana. Todo aqui es original, sorprendente; basta las almas parecen en esta tierra de otra sustancia forradas que en lo restante del mundo.

VAS. Teneis razon.

JAC. Apostára

á que era capaz la niña  
de asir tambien una lanza  
como una rueca. Y decidme,  
Vasconcelos, no os agrada  
la idea de ese tablado?

VAS. No por cierto. Es cosa rara,  
en verdad, así un combate  
celebrar con tanta gala  
como si fuera un torneo.

JAC. Pues eso á mi no me estraña;  
lo creo muy natural  
y muy justo.

VAS. Pues no alcanza  
mi mente que esa muger  
pueda presenciar con calma  
un combate en que la vida  
le vá al hombre que idolatra.

JAC. Además, es la que tiene  
la cabeza trastornada  
á Bedford, y...

VAS. Yo no sé  
por qué veo una mortaja  
en todos esos trofeos.

JAC. Vasconcelos, sois un mandria.

VAS. Bien sabeis que no; y ¡por vida!  
(enfadado y empuñando la espada.)  
que si otra vez se propasa  
el muy lenguado...

EDU. Qué es eso?

Os vais á dar de estocadas  
por tan simple vagatela?

JAC. Yo, Eduardo? Dios me valga!  
Dadme la mano, y espero (á Vasconcelos.)  
que me dispenseis.

VAS. Tomadla;  
y no hablemos mas en ello.

JAC. Bien

EDU. Ya parece que el alba  
despunta. . . ¡Hola, á nuestros puestos,  
(se oye tocar diana á varias cajas y clarines.)  
que los clarines nos llaman. (vanse.)

### ESCENA II.

LEONOR y JIMENA, saliendo de la tienda de Alen-  
castre.

JIM. Dónde vamos, Leonor?

LEO. No lo sé, Jimena mía.  
El toque de la agonía  
me parece ese alambor...  
Hasta el aire me sofoca  
que en esa tienda respiro...  
me da miedo cuanto miro. . .  
quisiera volverme loca;  
que perdida la razon,  
y la esperanza, Jimena,  
no sentiria la pena  
que me rasga el corazon.  
Apenas el duque ayer  
comedido me ofreció  
su respeto, y se ausentó,  
vino ese hombre, á quien ni ver  
puedo con serenidad.

JIM. Ah! sí; su cara le abona  
que es Satanás en persona;  
el molde de la impiedad.

LEO. Ah! (mirando horrorizada al tablado.)

JIM. Qué tienes?

LEO. Me dá miedo

ese tablado sombrío:  
quisiera al corazon mio  
darle valor, y no puedo ..

JIM. Pero si es una locura  
el ver el combate.

LEO. Oh!  
á no presidirle yo  
fuera mayor mi tortura.  
Cada minuto perdido  
sin saber el resultado  
fuera al corazon llagado  
el tormento mas cumplido  
Así, tal vez ocupada  
en los azares del duelo,  
acallaré el desconuelo  
de mis penas olvidada!

Lo dudas? Me siento ya  
mejor: mi abrasada frente  
ha refrescado el ambiente  
que mi sien ciñendo va.  
Es la brisa de la auro a  
bálsamo consolador,  
que alivia, amigo, el dolor  
del alma que triste llora...  
Mira; siéntate, Jimena,  
á mi lado .. ¡Cielos!.. Si,  
(respirando despues de haberse sentado.)  
respiro tan bien aquí  
que casi me siento buena...  
Si supieras que cruel,  
que horrible noche he pasado!  
Siempre he tenido á mi lado  
su sombra .. ¡Cielos!.. es él!  
(viendo á Bedford que sale de una tienda.)  
¡Huyamos!

JIM. Dios mio!  
(quieren huir dirigiéndose á la tienda de Alen-  
castre; Bedford se interpone.)

### ESCENA III.

Dichas, BEDFORD, CONRADO.

BED. No;

esperad.  
LEO. Suerte traidora, (como para si.)  
qué me quieres?

BED. Qué, señora?  
Que tengo que hablaros yo;  
y como la suerte á mi  
no me pone adusto el ceño,  
á pesar de vuestro empeño  
quiere que me oigais aquí.  
Y vos, señora, un momento  
despejad.

JIM. Oh! no me iré  
de aquí.

BED. Mirad que os haré  
marchar por fuerza, y lo siento.

JIM. Pero...

BED. Conrado?

CON. Señor?

BED. Lleva á esa muger.

CON. Venid.

Vamos, la vieja, seguid. (empujándola.)

JIM. Cielos! Velad por Leonor.

(Conrado deja á Jimena dentro de la tienda de Alen-  
castre, y él se dirige á la misma de que salió con  
Bedford.)

ESCENA IV.

LEONOR, BEDFORD.

BED. Y bien; supongo que habreis pensado en lo que mi amor os dijo anoche.

LEO. Ah! Señor, dejadme, qué me quereis? Ya os lo dije; tanto afán es en valde; en mis dolores no miráis que otros amores mis ojos llorando están?

BED. Leonor, por vuestra vida no volvais á recordarme á quien viene á arrebatarme esa esperanza querida. Una idea, un pensamiento de que amais otra pasión, es para mi corazón el mas horrible tormento. Si Alencastre, por su mal, de amor os hubiera hablado ayer, hubiera probado el temple de mi puñal. Ah! Leonor, saben los cielos, desde el día en que os amé, cuanto el corazón gasté en la rueda de los celos. Si; los tengo de mi mismo; y el cielo me ayudará, ó el infierno me abrirá para los dos un abismo... Ah! no podeis comprender este amor horrible, eterno; siento el fuego del infierno dentro de mi pecho arder. Tened compasión de mí, de este amor que me debora; sola vos podeis, señora, hacerme dichoso; si, solo vos podeis, quizás, volverme la dulce calma, y arrebatarme un alma del poder de Satanás. Endulzad mi corazón que este mundo ha pervertido: sed, ¡por el cielo os lo pido! ángel de mi salvación.

LEO. (como para sí. Oh! qué horrible pesadilla! Déjame, sueño tirano!

BED. Oye; si me das tu mano hoiremos de Castilla; y en la tierra mas hermosa que cuadro á tu pensamiento, te haré gozar el contento de una vida deliciosa.

LEO. Oh! dejadme ya olvidais que es en van tanto afán, y que inútiles serán cuantas promesas bagais? Mas quiero el amor que siento, aun perdida la esperanza, que cuanto á medir alcanza el poder del pensamiento.

BED. Leonor, por vuestra vida templad este fuego ardiente que está abrasando mi frente de mil tormentos herida,

LEO. Nunca! No sé que anatema

en tu frente veo escrito.

Déjame, hombre maldito; tu aliento solo me quema.

BED. (furioso.) Leonor! Pero... ¡ah!.. si... si... (conteniéndose y variando de tono.)

Teneis razon... Qué locura!

Mi pasión y mi ventura insensato os ofreci.

Ja, ja, ja! Fué un extravío de la mente acalorada,

(pasándose la mano por la frente.)

Me abraza.. pero no es nada... ya veis... yo mismo me rio.

Ja, ja, ja!.. Si... No es verdad que es muy grande insensatez, al cisne que está en la red ofrecerle libertad?

No es cierto que imbécil es si se arranca el soberano la corona por su mano, y la desboja á sus pies? No es verdad que imbécil fuera el César si se quitára la púrpura que alcanzára, y al esclavo se la diera?

LEO. Qué quieres darme á entender con ese oscuro lenguaje?

BED. Que no es bueno hacer ultrage al que guarda su poder y su fuerza

LEO. No comprendo tu intencion, hombre malvado.

BED. Pues oidme con cuidado, que ya la ireis entendiendo. Ahora en mi poder estais y nadie os puede servir; yo puedo hacerlos morir si á mi cariño os negais: mi voluntad soberana una esclava tiene en vos; y ofreceréis ¡vive Dios! el trono de una sultana, no es verdad, niña hechicera, que fue necio desatino, teniendo yo otro camino para alcanzar cuanto quiera?

LEO. Cuál? (aterrada.)

BED. La fuerza, supongamos.

LEO. Te engañas, hombre traidor, que primero, con valor, me dare la muerte.

BED. (con calma.) Vamos con calma, señora mía, que no es tan malo el vivir. Yo me tengo que balar hoy mismo al romper el día con vuestro amante.

LEO. Es verdad! Harto por inspiracion me lo dice el corazón.

BED. Pues bien; ahora escuchad.

Por última vez os digo que el combate dejaré, y que con vos huiré si quereis huir conmigo; que si yo llevo á faltar el combate se retarda, y al fin las tropas que aguarda Ruy Lopez, pueden llegar.

Por vivir á vuestro lado  
mi nombre y mi fama pierdo;  
y pensad que no es muy cuerdo  
hacer que desesperado  
me bata con mi rival;  
que por mi ventura ¡oh!  
pudiera vencerle yo,  
y entonces...

LEO. Suerte fatal  
me esperaba!... ya lo sé.

BED. Pensad, bella criatura,  
que con amor y ventura  
muchas veces os brindé.

LEO. Déjame; huye de mí,  
bombre vil, sin corazón:  
me das miedo... y compasión:  
nunca tal miseria vi!  
Porque muger he nacido  
crees, dado á Belcebú,  
que tengo yo como tú  
el corazón corrompido?  
Soy muger, y si admitiera  
proposición tan villana,  
al ver mi crimen mañana,  
yo misma muerte me diera.  
Si muere Ruy Lopez, bien;  
pronto cesará mi anhelo;  
oírá mi plegaria el cielo  
y yo moriré también.  
Dejadme.

BED. No, por quien soy:  
ó habeis de seguir mi suerte,  
ó para aguardar la muerte  
ni dos minutos os doy.  
(cogiéndola y sacando el puñal.)

LEO. Asesino!

BED. Si gritais  
un poco más, por mi vida  
que, la esperanza perdida,  
vuestra muerte acelerais.  
Seguidme.

LEO. (luchando.) No!  
(se oye un clarín en la muralla y sale Ruy Lopez  
con escolta; todo á caballo, donde lo permite el  
teatro.)  
¡Ese clarín!

BED. Ruy Lopez!

LEO. Estoy salvada!

BED. No lo creas, desgraciada:  
llegó de tu vida el fin.

LEO. Socorro!

(Queriendo huir. En el momento en que Bedford va á  
herirla, sale Alencastre de la tienda, á su voz se contiene  
Bedford, guarda el puñal y suelta a Leonor que se refugia  
y cae desmayada en brazos de Alencastre.)

#### ESCENA V.

Dichos, ALENCASTRE.

ALE. Bedford!

LEO. Ah!

ALE. Qué!

Así te encuentro empleado,  
Roberto, cuando te llama  
con sus clarines la fama  
á luchar cual buen soldado?

BED. Señor...

ALE. Lo comprendo todo:  
la añas, y aborrecido,

loco de amor, no has sabido  
obligarla de otro modo.

BED. La amo, sí; con interés  
su cariño he suplido,  
y me he visto despreciado  
y escarnecido á sus pies.  
Perdoneme vuestra alteza  
un amor tan vergonzoso,  
cuando á jugar venturoso (con intención.)  
voy por mi rey mi cabeza.

ALE. Ah! no olvido que la suerte,  
no queriéndome escuchar,  
te ha escogido para dar  
á mi enemigo la muerte.  
Sin duda Ruy Lopez es  
tu rival, por lo que veo;  
y esta lucha, según creo,  
toma en ti doble interés.  
Eso aumenta la esperanza  
que yo tengo en tu valor,  
pues Ruy Lopez de este amor  
recelo ninguno alcanza.  
Así no dudo, Roberto,  
ver antes que salga el sol,  
á ese orgulloso español  
por tu fe y por tu amor muerto.  
Y si llegas á vencer,  
y el cielo guarda tu vida,  
haré porque sea añadida  
á tu premio esta muger.

BED. Ah! Señor, ¡tanta bondad! (con entusiasmo.)  
Casi me parece sueño  
lo que me pasa... yo dueño  
de quién?.. (conteniéndose.) Pero, dispensad  
un arrebató, un delirio  
de amor: es mi pensamiento  
esa muger, mi tormento,  
mi placer ó mi martirio.

ALE. Soy en estos lances ducho,  
conozco de amor la llama,  
y eso, Bedford, no te infama;  
al contrario, te honra mucho.

LEO. Ay! (empieza á volver en sí.)

ALE. Silencio; vuelve en sí,  
y no es bueno que te vea.  
Adios, y que tnyo sea  
el premio que te ofrecí.

BED. Yo os lo juro por mi vida.

(Respira, corazón, ya,  
que tu venganza será  
de todos modos cumplida.)

ALE. Leonor?

LEO. Dios mío!  
(levanta la cabeza, y al ver á Bedford la oculta.)

ALE. Vamos,  
seguidme; no desmayeis.

LEO. Sí... Llevadme.

ALE. En mi teneis  
un apoyo.

(dirigiéndose con ella á su tienda, donde entran.)

#### ESCENA VI.

BEDFORD, á poco CONRADO, que sale de la tienda de  
Bedford.

BED. Al fin estamos  
en igual puesto los dos,  
Ruy Lopez, y ya veremos  
en tan críticos estrechos,

el que vence. ¡Vive Dios!  
que si á mi solo la pista  
me va siguiendo la muerte,  
yo arrebataré en mi suerte  
la mitad de mi conquista.  
Mi escudero! por Luzbel, (viendo á Conrado.)  
el infierno me le envía.  
Espera, venganza mía;  
me debe su suerte, es fiel,  
y no dudo que si muero  
mi venganza tomará.  
Conrado?

CON. Qué hay?  
BED. Ven acá...

Oye... ya sabes que quiero  
á esa muger que ha venido  
á nuestro campo.

CON. Señor,  
vos'por mugeres amor?

BED. Quise decir: «la he querido.»

CON. Y bien?

BED. Lo que siento ahora  
es odio, sed de venganza;  
y en ti cifro mi esperanza  
si me es la suerte traidora.

CON. Mandadme.

BED. Cuanto te pida  
barás sin oposicion?

CON. Con razon y sin razon,  
con el alma y con la vida.  
A la muerte sentenciado  
por cierta causa, os debi  
la vida, y justo es que asi  
cobreis lo que me habeis dado.

BED. Bien; acepto. Si perder  
es mi destino, quisiera  
Conrado, que no viviera  
mucho tiempo esa muger.

CON. Es decir que yo secundo  
buen golpe, y la envío á Dios,  
ó al diablo, á ver si es con vos  
mas blanda en el otro mundo.

BED. Me has entendido.

CON. Aunque estén  
nuestras vidas colocadas  
en regiones separadas,  
nos entendemos muy bien.  
Si Ruy Lopez vence, irá  
á estrechar con interés  
á su amada; y á mis pies  
su cadáver hallará.

BED. Toma; si llegas á dar  
(entregándole un bolsillo.)  
el golpe bien acertado,  
con eso puedes, Conrado,  
á todo trance escapar.

CON. Mil gracias, señor.

BED. Espero  
en tí que me vengarás.

CON. Lo juro por Satanás  
y por el infierno entero.

BED. Bien, amigo; si el eterno  
nos desampara á los dos,  
es muy justo; vive Dios  
que apelemos al infierno.  
(salen de la tienda Alencastre y Olanda.)

El duque sale, y la oscura  
noche buye de la aurora:  
vamos pronto, que ya es bora

de vestirse la armadura.

ESCENA VII.

ALENCASTRE y OLANDA; á poco se retira Olanda en  
direccion del ejército, y baja del puente un oficial  
que al salir Ruy Lopez de la plaza se ha dirigido á  
él, examinado y hablado hasta este momento.

ALB. Haced, Olanda, que forme  
el ejército; y de paso  
á los gefes les decid,  
que es de mi real agrado  
que mis ordenes se cumplan  
como es debido; y declaro  
traidor á mi real persona  
al que hiciere lo contrario.

OLAN. Bien; seréis obedecido. (vase.)

ALE. Qué quereis? (al Oficial que llega.)

OFI. Ruy Lopez Dávalos  
desea, segun me ha dicho,  
antes del combate hablaros,  
señor.

ALE. Que venga al momento,  
con vos solo, y desarmado.

OFI. Está bien. (vase.)

ESCENA VIII.

ALENCASTRE, solo.

ALE. Qué me querrá?  
Tal vez algun nuevo pacto...  
Me alegraria, que siento  
haber, con tal arrebató,  
admitido un desafio  
que puede costarme caro.  
La plaza, sin duda alguna,  
si yo me hubiera tomado  
tres dias mas de paciencia,  
fuera mia... En fin, veamos:  
tal vez pueda remediarse.

ESCENA IX.

RUY LOPEZ y el OFICIAL que se queda á alguna dis-  
tancia; ALENCASTRE.

ALB. Sea Ruy Lopez á mi campo  
bien venido.

LOP. El cielo os dé  
vida feliz largos años.

ALB. Qué teneis que proponerme?

LOP. Proponer, no; suplicaros  
una gracia, que no dudo  
merecer.

ALB. Decid. (No alcanzo...)

LOP. Tan solo Dios sabe el fin  
que al hombre tiene guardado.  
Voy á batirme, y es facil  
que me venza mi contrario.  
En vuestro poder está  
una muger á quien amo  
mas que á mi vida, y quisiera  
hablarla antes...

ALB. Castellano,  
á tan justa pelicion  
el negar mi beneplácito  
fuera un crimen: la verás.

LOP. Oh! gracias: el soberano  
rey de reyes, en el cielo  
os lo premie.

ALE. Un corto rato  
esperad, porque ella misma  
vendrá aquí.

LOP. Está bien; aguardo.

## ESCENA X.

RUY LOPEZ, OFICIAL; á poco LEONOR y ALENCASTRE.

LOP. Voy á verte, Leonor,  
por última vez acaso:  
pero sepas tú, mi bien,  
que nunca ha sido culpado  
en este lance quien diera  
por ti su vida, y que obrando  
como á su deber cumplía,  
no le quedaba otro paso  
que dar en tan duro trance;  
y, si es mi destino, al cabo,  
iré á la tumba tranquilo.

(Salen Alencastre y Leonor. Esta al salir se precipita en los brazos de Ruy Lopez, este la recibe y permanecen un momento en silencio.)

LEO. Ruy Lopez!

LOP. Leonor! (silencio.)

ALE. (al Oficial.) Dejadlos.

(el Oficial se retira por el fondo, Alencastre entra en su tienda.)

LEO. Y mi padre? (con interes.)

LOP. Como vos,  
mi razon ha conocido,  
y ya con el pueblo unido  
espera el juicio de Dios.  
Porque, decid, ¿no es verdad  
que jamás habeis pensado  
que yo, señora, he obrado  
sin razon en esto?... Hablad.

LEO. Y cómo pudiera yo  
dudar de quien tanto adoro?  
Aunque mi desgracia lloro,  
de ella no te acuso, no.

LOP. Ah! pues calma, vida mia,  
tu pena y tu llanto ya,  
que hoy, por fin, dia será  
de placentera alegría.

LEO. De placer ó de dolor,  
yo no olvido, desgraciada,  
que llevo en esta jugada  
mi felicidad, mi amor.  
La muerte casi certera  
amaga tu vida, sí;  
y nadie sabe, ¡ay de mí!  
cual es el fin que te espera.

LOP. Es verdad; pudiera ser  
que yo perdiera la vida;  
pero hay que hacer la partida  
hasta ganar ó perder:  
y no puedo sin dolor  
mirar que lloras, cuitada,  
y si te encuentro animada  
tu valor me dá valor.  
Nunca de la muerte vi,  
por el miedo, ni aun la sombra,  
y ahora no sé que me asombra,  
Leonor, sólo por tí.

Si en el dintel de la suerte  
uno ú otro desmayamos,  
vida mia, qué esperamos  
sino el escarnio y la muerte?

LEO. Tienes razon; ya no quiero

tener miedo, ni llorar,  
porque tú debes triunfar  
y triunfarás, yo lo espero...  
Soy una loca.

(enjugándose las lágrimas y queriendo sonreír.)

LOP. Amor niño,  
no sé por qué me pareces  
mas hermo-a que otras veces  
en mi amante desvario.

LEO. Ruy-Lopez, será aprension;  
pero tambien me parecee  
que en tus ojos respandee  
mas cariño y mas pasion;  
y es mas noble tu apostura.  
Hay cosas que, en mi sentir,  
se pueden muy bien decir  
al pié de la sepultura:  
¿no es verdad?

LOP. Si; por qué no?  
El amor no es un delito,  
y en su poder infinito  
Dios para amar nos crió

LEO. Y yo te amo tanto!

LOP. Hermosa  
de mi vida, yo te adoro  
como al ruiseñor canoro  
su bien en la selva tumbrosa.  
Si por un azar, Leonor,  
muero en la lucba pendiente,  
guardarás eternamente  
esta prueba de mi amor.

(sacando un retrato y colgándolo al cuello de Leonor)

Me la entregó al espirar  
¡ay! la madre de mi vida,  
y una preta tan querida  
tú la debes heredar.

LEO. Si, si, yo la guardaré  
como la prenda sagrada  
de una madre idolatrada,  
y con ella moriré.  
En cambio toma este velo:

(quitándosele y poniéndosele en forma de banda á Ruy-Lopez.)

prendas benditas están,  
y si morimos serán  
nuestras arras en el cielo.  
Tambien vos le recibí  
de mi madre: están las dos  
allá en el cielo, y con Dios  
nos bendicen desde allí.

LOP. Al darme tu confianza  
esta banda, prenda mia,  
renace en mí la alegría  
el valor y la esperanza.

(sale Bedfort de su tienda, se dirige á donde le espera una escata á caballo; monta él y se oye un clarín.)

LEO. Ah!

LOP. Qué tienes?

LEO. No has oido  
ese clarín?

LOP. Si .. es verdad ..

LEO. De la horrible eternidad

el eco me ha parecido.

LOP. Va me llama á combatir. (como continuando.)

Adios, dueño idolatrado. (abrazándola.)

LEO. Qué! te alejas de mí lado?

Ah! no, no; vas á morir. (deteniéndole.)

Cres tú que esperarán



cara á cara? No lo creas;  
antes que el rostro les veas  
á traicion te matarán.

Lop. Leonor!  
Leo. Si, yo lo sé.

Si tienen valor y manos,  
que vengan esos villanos  
que yo te defenderé.  
Como lobos en manada  
te esperan; los ves allí?  
Pero yo estoy junto á ti;  
que vengan!

Lop. No temas nada.

Leo. Si, si, que no puede ser  
sino cobarde y traidor,  
el que emplea su valor  
en una infeliz muger.

Lop. Y pretendes que yo sea  
mas cobarde todavía,  
huyendo á la luz del día  
el riesgo de una pelea?  
Vuelve en tí; mira el abismo  
en que me quieres lanzar.  
Si llegáran á dudar  
de mi valor, ¡ah! yo mismo  
me mataría!

Leo. (dando un grito) Ah! No, no.

Cobarde tú! Si tal fuera,  
de verguenza me muriera,  
que verguenza tengo yo.  
Si si; corre sin tardanza  
á probarles con la fuerza,  
que no hay quien tu brazo fuerza  
en cuanto la vista alcanza.  
Y aprenda esa inmunda grey  
que en cuanto domina el sol,  
defenderá un español  
su honor, su patria y su rey.

Lop. Si el cielo derrama en tí  
ese entusiasmo divino,  
qué pecho teme el destino  
oyéndote hablar así?  
Eres, Leonor querida,  
de mis tormentos en pos,  
el angel que envía Dios  
para hacer feliz mi vida.  
Yo venceré, Leonor,  
la arrogancia del inglés,  
y conquistaré despues  
lo que apetezca tu amor.  
Coanto puedas desear  
tendrás; bosques peregrinos  
con arroyos cristalinos  
y jazmines y azabar.  
Tendrás telas recamadas  
de lujosa osfebrería,  
y con oro y pedería  
á tu capricho bordadas.  
Y en palacios de marfil  
que el artista engalanó,  
entre espacios que cercó  
alambre de oro sutil,  
tendrás músicos que cantan  
en el bosque sus amores;  
pájaros de cien colores  
que el aire risueño esmallau;  
que mi anhelo buscará,  
para darte, encanto mio,  
cuanto encierra el mar bravío

y cuanto en el aire va.

Y en mi amorosa locura  
arrebataré á la tierra  
cuantas bellezas encierra  
para adornar tu hermosura.  
Mil doncellas á la par,  
de blanco y azul vestidas,  
y entre el arrayan perdidas,  
y el jazmin y el azabar,  
en fantástica ilusion  
y celestial armonia,  
nos cantarán, vida mia,  
tu pasion y mi pasion.  
Y cien músicos y cien,  
coros de ángeles fingiendo,  
irán todos repiliendo  
nuestros amores tambien:  
porque yo formaré aqui  
con mi amor y mi desvelo,  
basta que subas al cielo,  
otro cielo para tí.

Leo. Ah! si, si; tienes razon;  
no debo temer por tí:  
seremos felices, si,  
me lo dice el corazon.

(se oye otra vez el clarin, y se vé á Conrado bajar  
al proscenio, observando á Leonor y Ruy-Lopez.)

Otra vez! Ah! por el cielo,  
corre; ya el clarin te llama,  
que no tenga de tu fama  
el inglés ningun recelo.

Lop. Adios! (abrazándola.)

Leo. El te dé fortuna.

Lop. Y á tí valor, angel mio.

Leo. Adios!

Lop. Adios!

(Se separan manifestando los contrarios afectos con  
que luchan. Leonor entra en la tienda de Alencastre:  
Conrado los mira con sonrisa infernal.)

Con. (solo.) Desvario!  
No esperéis ya dicha alguna;  
la muerte siguiéndoos vá  
tan de cerca, voto á Dios,  
que está uno de los dos  
al pié de la tumba ya.

(Alencastre y Olanda vienen por el foro izquierda, se  
supone que vienen del campamento: Alencastre dá la  
orden que sigue á Olanda, y este entra en la tienda.)

Alc. Que salga con vos, Olanda.

ESCENA XI.

ALENCASTRE, CONRADO.

Con. El Duque... A buen tiempo llega.  
(se dirige á él con la mayor humildad.)  
Tengo, señor, que pedir  
una gracia á vuestra alteza.

Alc. Decid.

Con. Soy el escudero  
del capitán á quien llena  
una suerte ventorosa  
á jugar en esta empresa,  
por la gloria de su patria  
y por su rey su cabeza.

Alc. Acabad pronto. (con sequedad.)

Con. Le amo  
como á mi padre, y quisiera  
obtener de vos la gracia  
de ver desde lo mas cerca  
posible el combate; que es

la certidumbre, al que espera,  
mas horrible que la muerte;  
y la realidad no pesa  
tanto sobre el corazon  
que, aunque llora, no desea.  
Ese tablado es el punto  
que mas en torno se eleva  
del puente... y...

ALB. Qué?  
CON. Perdonad

si se atreve mi insolencia  
á suplicar á mi rey,  
que á su lado me conceda  
un punto, el mas escondido,  
el mas humilde, en que sea  
facil ver lo que deseo.  
Ved que en ello me interesa  
el amor de un hijo á un padre;  
primer amor en la tierra.

ALB. Bien; alzad; os lo concedo.

CON. Ah! Señor! el cielo vea  
en el trono de Castilla  
coronado á vuestra alteza.  
(Alencastre se dirige á la puerta de su tienda, de  
donde han salido Olanda, Leonor y Jimena.)

#### ESCENA ULTIMA.

Dichos, LEONOR, JIMENA, OLANDA.

CON. Vaya un rey seco en estremo:  
ni se ha dignado siquiera  
darme la mano á besar.

Y, ¿qué me importa? Mi presa  
ya no se me escapará.  
Aunque el diablo la proteja...  
Dicen que el que á hierro mata  
es justo que á hieiro muera:  
quien muerte con muerte paga,  
cumple con la ley eterna.  
Vamos allá.

ALB. Leonor,  
habeis pensado siquiera  
lo que vais á hacer?

LEO. Ya os digo  
que me sobra la entereza,  
que soy castellana, y tengo  
valer para otras empresas  
mas arriesgadas, y en fin,  
subamos, que el tiempo vuela.

ALB. Como gustéis.

CON. (Si; no tardes,  
que ya la muerte te espera.  
Vamos, y el diablo me dé  
audacia, valor y fuerza.)

(Alencastre ha tomado de la mano á Leonor, Olanda á Jimena, y suben con ellas al tablado; Conrado les sigue; y se colocan: Jimena á la izquierda, Leonor á su derecha, á la de esta Olanda y á la de este Alencastre; Conrado detrás de Leonor. Todos mirando al puente. En el momento en que Alencastre ha subido, se oyen los tambores y clarines del campamento tocar los redobles y puntos de atencion. Los centinelas del puente se reunen, y en orden se plegan al ejército. Ruy-Lopez y Bedford echan pié á tierra y van á encontrarse en el puente, donde esperan la señal que hará un corneta colocado junto al tablado. Hecha esta señal, se acometen, verificando lo que espresa el dialogo.)

ALB. Arrogante, vive Dios,  
es Ruy-Lopez

OLAN. Y Roberto

lambien.

ALB. Mas no sé por cierto  
quién vencerá de los dos.  
(se oye la señal; Leonor vacila y se apoya en Jimena.)

LEO. Jimena!

JIM. Qué, de este lance  
puesta al fin en el estremo  
irás á temer?

LEO. (como reponiéndose.) No temo.

ALB. Olanda, soberbio avance

LEO. Por mí, no; no temo nada, (continuando.)  
mas por él.

ALB. (á Olanda.) Yo no fio  
tanto en Roberto.

LEO. Dios mio!  
(mirando á Ruy-Lopez que parece ceder.)

JIM. Ah! valor.

OLAN. Buena eslocada!

Parece que al fin se va  
encarnizando la lucha.

LEO. Tienes esperanza?

JIM. Y mucha.

No ves qué firme le dá?

(Ruy-Lopez hace retroceder algo á Bedford.)

BED. Maldicion! (vacitando.)

ALB. Ah!

JIM. Bien! Asi!

Oh! casi lloro de gozo!

ALB. Puedo decir sin rebozo

que mi reino pierdo aqui.

OLAN. Mirad, mirad.

(al ver que Bedford se repone y va ganando terreno.)

LEO. Dios eterno!

qué angustia!

JIM. Ten, hija mia,

mas valor.

CON. (frotándose las manos.) Soberbio dia!

ALB. Oh! Quién vencerá?

CON. (para sí.) El infierno!

LEO. No, no! Basta, basta!

(como destruida y mirando la lucha.)

JIM. Mira

qué bien Ruy-Lopez abanza.

ALB. (Adios, risueña esperanza.)

Al estremo han acudido

de los brazos; ¡por mi vida!

que la lucha es bien reñida.

(Bedford y Ruy-Lopez caen sobre el puente quedando ocultos con el pretil.)

LEO. y JIM. Cielos!

ALB. Todo se ha perdido!

CON. Qué diablos! Era preciso

que los dos asi murieran

(Ruy-Lopez aparece de pié con la cabeza de Bedford cogida por los cabellos.)

LOP. A los que este juicio esperan.

(enseñando la cabeza.)

justo es Dios, y asi lo quiso!

(Arroja la cabeza en la parte arriba del rio, cuyas aguas aparecen, á muy poco, ensangrentadas. Todos los que están en el tablado dan un grito de horror y se ocultan el rostro entre las manos. Silencio sepulcral en el campamento. Solo se oyen lejanos los vivos que los de la plaza dan á Ruy-Lopez, y se les vé manifestar con ademanes su alegría, y se deja oír el toque muy lejano de las campanas de la plaza. En este momento Ruy-Lopez baja del puente y se dirige al tablado.)

TOOS. Ah!

(momento de silencio: Leonor y Jimena caen de rodillas)

ALE. (*reponiéndose.*) Sangrienta amanecía  
hoy la aurora: es mi destino,  
y ya no hay otro camino...  
Hízolo Dios, bien haría.  
A otros la dicha espera.

(*se dirige á Leonor.*)

CON. Qué! yo también aterrado?  
(*como volviendo en sí.*)

Oh! qué vergüenza, Conrado!  
falta un cadáver . . que muera!

(*Saca el puñal y se lanza sobre Leonor. Alencastre que ya se ha repuesto y va á llegar á ella, detiene el golpe, cogiendo á Conrado del brazo y haciéndole caer de rodillas. Ruy-Lopez que llega en este momento, arrebatada á Leonor y la baja; Jimena baja también manifestando su terror.*)

ALE. Asesino!

CON. Maldición!

LOP. Villanos! eso os faltaba

LEO. Ah!

LOP. Mi bien.

ALE. No recelaba  
en vano mi corazón.

CON. Perdonadme...

ALE. No! Señores,  
(*arrastrándole del tablado abajo.*)

ya que esa suerte le plugo,  
llevadle pronto al verdugo,  
que yo no quiero traidores  
en mi campo.

(*entregándole á los guardias que se lo llevan.*)

LOP. Leonor!

LEO. Qué sueño!

LOP. Vuelve á la vida,  
á gozar, prenda querida,  
de mi ventura y mi amor.

LEO. Ruy-Lopez!.. Jimena!

(*pasando de los brazos del uno á los de la otra, en los que permanece.*)

ALE. Adios,

valiente caudillo: el cielo  
es de ventura y consuelo  
en esta mundo á los dos.  
Por mi palabra sagrada  
voy el campo á levantar,  
que yo nunca sé fallar  
á una palabra empeñada.

LOP. Adios. No eches en olvido, (*dándole la mano.*)  
al salir de esta nación,  
Alencastre, la lección  
que en Castilla has recibido,  
y que no eres el primero  
que ha salido de esta tierra  
destrozado en franca guerra,  
á decir al mundo entero:  
que en España, en buena ley,  
sin temer daños prolijos,  
saben defender sus hijos  
su honor, su patria y su rey.

FIN DEL DRAMA.

JUNTA DE CENSURA DE LOS TEATROS  
DEL REINO.—Aprobada en sesión del 23 de  
agosto de 1851.—*Juan Valero y Solo.*—Es copia  
del original censurado.

MADRID, 1852.

IMPRENTA DE VICENTE DE LALAMA,  
calle del Duque de Alba, núm 13.

